

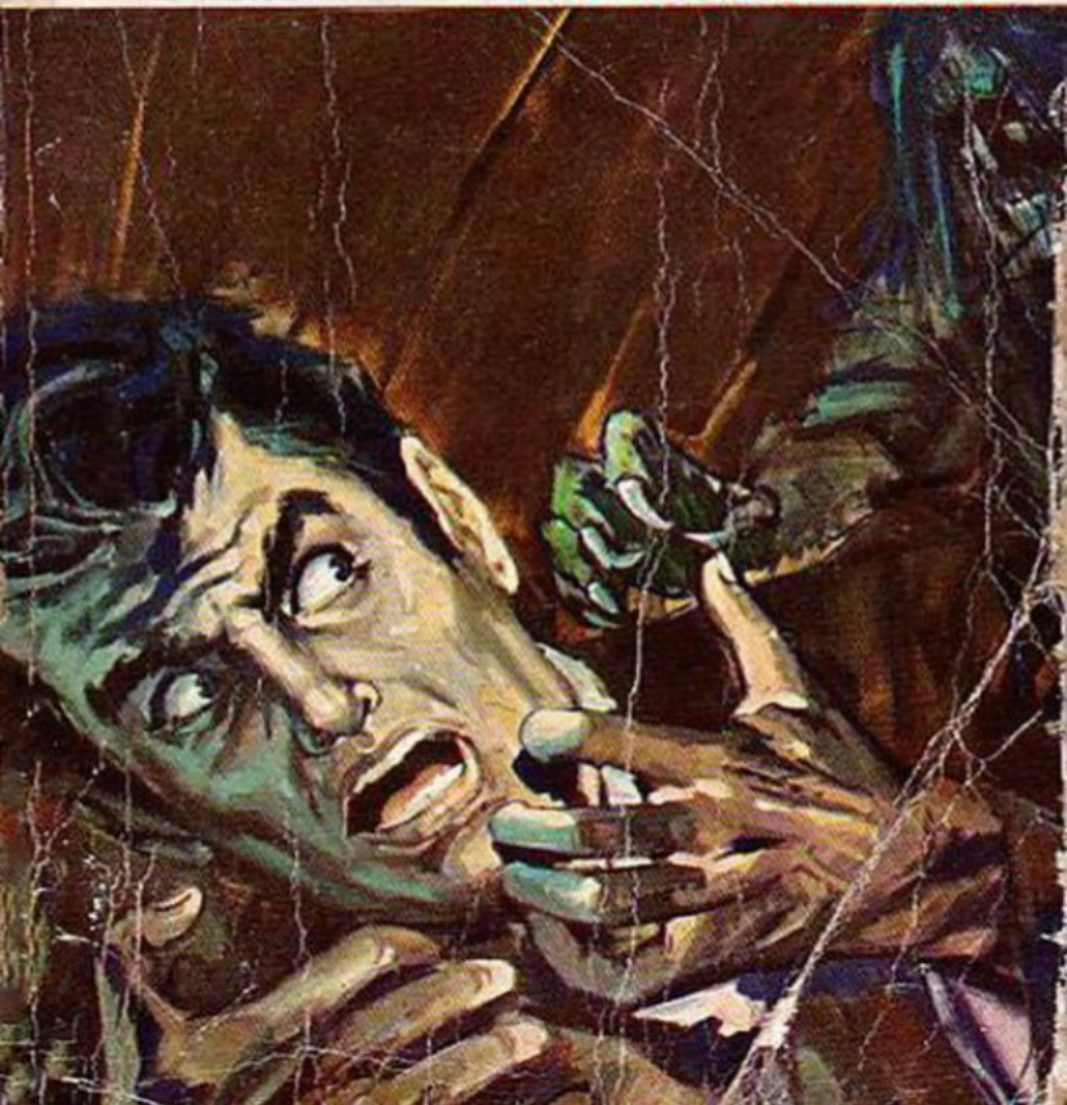
BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

asesinatos sin asesino

CURTIS GARLAND



ASESINATOS SIN ASESINO

CURTIS GARLAND

Colección PUNTO ROJO n.º 677

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.275 — Karate contra Kung-Fu.

En Colección PUNTO ROJO:

657 — Amenaza al 10 de Downing Street.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 4.802 — 1975

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: abril, 1975

© Curtis Garland — 1975 texto

© Miguel García — 1975 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1975

COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

«La gente comienza a darse cuenta de que la ejecución de un bello crimen entraña algo más que la presencia de dos imbéciles (el asesino y la víctima), un cuchillo, una cartera y un camino oscuro. El objetivo, la situación de los actores, la luz y la sombra, la poesía, el sentimiento, éstos son los elementos que, actualmente, parecen indispensables a las empresas de este tipo.»

Thomas de Quincey, de su obra
El asesinato considerado como una de las bellas artes.

CAPITULO PRIMERO

—**H**E venido a entregarme, sargento.

—¿Entregarse? —el sargento Killey enarcó las cejas, contemplando al recién llegado con fijeza—. ¿Por qué motivo?

—Por un asesinato.

Hubo un silencio. El sargento Killey se frotó el mentón, apoyándose en la mesa de su despacho del Departamento de Homicidios. Junto a él, el agente McBain apoyaba sus manos en el correa de su uniforme de agente de policía, expectante y como divertido por algo que el sargento no acababa de entender.

—Bien —murmuró Killey—. ¿Qué asesinato?

—Uno del que soy culpable, sargento.

—Entiendo. ¿Ha matado usted a alguien?

—No —sonrió débilmente el hombre erguido ante él—. Todavía no.

Killey empezó a entender la socarronería de su subordinado. Le miró de soslayo. El agente McBain se encogió de hombros.

—Se lo dije, señor —habló con calma—. El asunto sobrepasa mis atribuciones. Por eso hice pasar al señor Van Dyke a su presencia.

—Ya — los ojos poco amistosos del sargento se clavaron en el visitante—, ¿Usted dijo llamarse Van Dyke?

—Duncan Van Dyke, exactamente —asintió el hombre alto, delgado, de nerviosa mirada brillante y expresión plácida y calmosa. Se inclinó, cortés—. Puede verificar mi identidad, sargento. Llevo mi documentación en regla: Seguridad Social, permiso de conducir tarjeta de miembro de Bellas Artes, tarjeta social del Club Internacional de Ajedrez...

—De momento no hace falta nada de eso, señor Van Dyke —atajó Killey, incisivo—. Sólo necesito que me aclare algo. Usted ha venido a denunciar un asesinato, según me dijo el agente McBain.

—Exacto, sargento.

—Ya. Y ese asesinato... dijo que lo había cometido usted.

—No, no. Creo que deforma un poco mis palabras. Yo dije que venía a denunciar un asesinato del que era responsable. Y a entregarme por ello a la autoridad.

—Pero... pero nadie puede entregarse por un asesinato que *no* se ha cometido, señor Van Dyke —suspiró el sargento, empezando a dudar

muy seriamente del equilibrio mental del denunciante. Hecho que, por desgracia, no era infrecuente en demasía, cuando menos en una ciudad como Nueva York.

—Sargento, es que el asesinato se cometerá inevitablemente. El orden de los hechos no alterará en nada los resultados finales. Por eso he venido a entregarme. Es preciso que me arreste, sargento.

—¿Por qué? ¿Para evitar que cometa usted ese supuesto asesinato? —resopló Killey, empezando a perder la paciencia.

—No, no. Nada de eso —suspiró tranquilamente el denunciante—. Haga usted lo que haga, el crimen se cometerá. Y yo seré el culpable, ¿lo entiende?

—Empiezo a entender demasiado, señor Van Dyke. Le aseguro que me encantan las charadas y los pasatiempos, pero sólo cuando no tengo nada que hacer. Y ese no es precisamente mi caso actual. Me sobra trabajo para perder mi tiempo con usted y su pintoresca denuncia, señor Van Dyke. De modo que le agradeceré que vuelva a su casa y espere, cuando menos, a que el asesinato se cometa, para venir a entregarse a nosotros. Buenas noches.

Señaló la puerta, furioso. Van Dyke le miró tristemente. El agente McBain avanzó hacia él, dispuesto a acompañarle a la salida del Precinto policial. Pero todavía el denunciante alegó, con voz firme:

—Comete un error, sargento. El asesinato es inevitable. Y yo soy su autor. No es que me entregue a ustedes por arrepentimiento, esté seguro de ello. Sencillamente, es que... *necesito* estar preso, encarcelado. Es mi coartada, ¿no comprende? Así, mientras permanezco encerrado, se cometerá ese asesinato. Y nadie podrá acusarme de él, a pesar de que yo reconozca ser su autor... Le aseguro, sargento, que impediré que las cosas no ocurran como yo he planeado. Quiera usted no, no... iré a parar a una celda, esté seguro...

Y dignamente, con arrogancia casi, Duncan Van Dyke abandonó el despacho del sargento de servicio en Homicidios. Killey respiró, sacudiendo la cabeza, mientras McBain giraba un momento el rostro para sonreírle irónicamente:

—¡Asesinatos que no se han cometido, culpables que se entregan sin haber hecho nada... y coartadas con criminales en una celda! ¡Cielos! ¿Qué mal hice yo para que siempre que hago guardia me toquen casos semejantes?

Se sumergió en el abundante trabajo que requería su atención, olvidando por completo al pintoresco Van Dyke y su absurda denuncia.

Eran las once y veinte minutos de la noche.

A las dos menos doce minutos de la madrugada, sonó el teléfono de su mesa. Lo descolgó.

—Killey al habla. —Escuchó la voz y se tomó más interesado—. Sí,

teniente Lee. Sin novedad, prácticamente. Hemos tenido una noche tranquila, salvo algún borracho aislado, un suicidio en la Treinta y Seis y un tipo chiflado que quería ser encarcelado por algo que todavía no había hecho.

La voz del teniente le hizo una pregunta inesperada:

—¿Recuerda el nombre de ese chiflado, sargento?

—Sí, señor: Duncan Dan Dyke. Se acusaba de un asesinato no cometido, y quería ser encarcelado para disponer de una absurda coartada...

—Evidentemente, es un tipo de ideas fijas —sonó con cierto agrio humorismo la voz del teniente de Homicidios Damon Lee—. ¿Sabe que un tal Duncan Van Dyke ha sido encarcelado hace solamente una hora por una patrulla de servicio, acusado de agredir a un policía y destrozar el escaparate de un establecimiento de artículos de deporte?

—¿Qué?

—Se dejó arrestar sin protestas. Y afirmó, al entrar en la celda, que eso era justamente lo que él quería para, desde allí, asesinar a una persona esta misma madrugada.

—¡Cielo, el mismo chiflado! —gimió el sargento, llevándose las manos a la cabeza.

—Añadió, por otro lado, que cometería el crimen acuchillando a su víctima con una daga indonesia, robada de un museo de la ciudad ayer mismo. No quiso añadir más detalles, pero afirmó tranquilamente que, para cuando el crimen se cometiese, él no podría ser acusado en absoluto, por imposibilidad material en su ejecución. Pese a lo cual, *él sería el asesino...*

* * *

—Una daga indonesia, robada de un museo... Fascinante, teniente Lee.

—Lo sería, si tuviera el menor viso de realidad —refunfuñó el hombre fornido, de cabellos canosos y rostro bronceado, echando atrás su silla con indolencia—. Dado el caso, el sargento Killey y yo estamos totalmente de acuerdo en algo: el tipo es un pobre excéntrico, un chiflado como hay tantos. Creo que el ajedrez termina por desequilibrar a las personas, aunque no sean precisamente Bobby Fischer.

—Ah, ¿es jugador de ajedrez? —se interesó su interlocutor.

—Sí, Caine. Un jugador vulgar, imagino. Pertenece al Club Internacional, según sus documentos. También es artista. Escultor modernista, o cosa así. Monta grupos escultóricos en hierros y metales raros, para edificaciones modernas y monumentos abstractos... ¿Qué puede esperarse de semejantes tipos?

—Teniente, no es usted nada progresista —sonrió Edmond Caine,

reportero del semanario de sucesos *Event*, en su habitual visita nocturna a los precintos policiales del centro de Manhattan—. El que un hombre haga cosas poco figurativas no significa nada, salvo que su sentido artístico le inclina a ello.' O, cuando menos, su necesidad de ganar dinero.

—De todos modos, Caine, es un tipo anormal. Sonríe siempre, se muestra confiado, seguro de sí, lleno de serenidad y calma. Y dice cosas grotescas. Nadie se entrega voluntariamente por algo que todavía no ha hecho. Y nadie, tampoco, puede cometer un crimen desde una celda, a menos que tenga un cómplice fuera, ¿no cree?

—Nunca se sabe, teniente. Hace poco escribí un artículo sobre el arte del crimen. Estudiando a ciertos criminales, uno acaba advirtiéndolo que, como en todas las cosas, existe una superación constante en ingenio, astucia y recursos, incluso para matar a una persona. El crimen no es siempre el hachazo brutal, el veneno matarratas o el disparo a quemarropa que acostumbran a usar como recurso nuestros escritores y guionistas de televisión. Convendrá conmigo en que sería notable que ese hombre, Van Dyke, tuviera razón, y las cosas sucedieran como él ha dicho, ¿no cree?

—Por supuesto. Resultaría maravilloso para usted y su periódico, y espantoso para nosotros los policías. Pero a fin de cuentas, no puede suceder. Ese chiflado ha causado daños y ha lesionado a un agente de policía. Diga lo que diga mañana, el juez posiblemente le envíe por un mes o dos a prisión.

—¿Y si es eso lo que él desea, teniente? —sonrió Edmond Caine, inclinándose sobre la mesa del oficial de Homicidios.

—Tonterías. Seguro que es un tipo incapaz de matar una mosca. Y menos aún, a través de los gruesos muros de la cárcel...

Edmond Caine no dijo nada. Recogió su portafolios y su pequeña cámara fotográfica instantánea, de punto altamente luminoso, que metió en su bolsillo, echando a andar hacia la salida, con un bostezo. Su alta figura de hombre joven, habituado a practicar deportes, se alejó de Lee, que le contempló pensativo.

—De todos modos, si algo sucediera, teniente, no se olvide de avisarme —dijo, casi con indolencia.

—Conforme, Caine —rió entre dientes el policía—. Le prometo formalmente que será el primero en conocer noticias de ese fantástico crimen, apenas se cometa.

—Gracias. No olvide que es una promesa.

—¿De veras cree que existe la menor posibilidad de que ello suceda?

—Le sorprenderá, teniente, pero... sí. Algo me dice que va a ocurrir, aunque no sepa decirme cómo ni por qué... —fue la desconcertante y seria respuesta de Edmond Caine, antes de abandonar la oficina policial.

El timbre del teléfono repiqueteó estridente, retumbando de modo ensordecedor dentro de su cráneo. Le hizo despertar con un respingo, lleno de sobresalto.

Descolgó el aparato, con mano torpe, mientras ahuyentaba el sueño lo mejor posible. Una débil luz matinal se filtraba por la rendija de la ventana, frente a su cama.

—¿Sí? —indagó con voz pastosa—. Caine al habla... ¿Quién es?

—Teniente Lee —sonó la voz del policía, tensa y extraña—. ¿Recuerda mi promesa?

—¿Promesa? ¿Qué promesa?

—La que le hice esta noche. Ya puede venir a Battery Park. Le espero.

—¿Qué?

—Ha ocurrido, Caine. Mataron a alguien, con una daga indonesia, robada del Museo de Arte y Cultura de Nueva York...

CAPITULO II

—¿QUIÉN era él?

—Gary Winters. Crítico de arte, y experto en instrumentos orientales. Cincuenta y dos años. Fuerte y vigoroso. Sin embargo, no pareció oponer gran resistencia a su asesino...

Edmond Caine estudió el cadáver tendido sobre el césped, entre los árboles y el banco. Yacía boca abajo, con sus manos enguantadas crispándose sobre la hierba jugosa, húmeda con el frío rocío de la mañana. El aire, seco y cortante, traía el olor salobre del mar, y agitaba la gabardina *beige* del hombre muerto. La sangre había formado bajo su cuerpo un amplio charco que se oscureció y coaguló rápidamente.

No lejos de él y de sus manos engarfiadas en el último instante de su vida, yacía el arma homicida: un corvo puñal alargado, de empuñadura representando un ídolo indonesio, tallado en metal y hueso. La hoja de acero curvada presentaba la oscura mancha de la sangre.

—¿Cómo ha sido la herida?

—Profunda, directa, sobre el corazón. Una sola cuchillada bastó. El arma estaba muy afilada. Debíó morir segundos después de recibirla.

—¿Y la hora del fallecimiento? —indagó Caine, frunciendo el ceño.

Le miró Lee desde su rostro habitualmente yodado, que ahora mostraba una tensa palidez. Le oyó refunfuñar con disgusto:

—Habida cuenta de la temperatura reinante y de otros detalles, el forense ha fijado provisionalmente la muerte entre cuatro y cinco de la madrugada. Posiblemente algo más tarde, incluso. La autopsia puede ser más explícita, pero en ningún caso murió antes de la cuatro.

—Ya. Y Van Dyke fue encarcelado...

—A las doce y cuarenta y cinco minutos, exactamente. El horario figura registrado en el libro de entradas en las celdas de Jefatura, Caine. Sin posible lugar el error.

—Supongo que sigue allí...

—Lo he confirmado ya —asintió secamente el teniente de Homicidios—. Sigue en su celda, de donde no se ha movido en toda la noche. Para dormir tranquilamente, y no ha pedido nada a ningún celador.

—¿Qué se puede hacer, en ese caso?

—Infiernos, ¿y yo qué sé? —aulló con disgusto el policía—. Es la

primera vez que me ocurre algo así, amigo mío. Estoy tan desorientado como pueda estarlo usted. A pesar de que me lleva ventaja en algo: usted creía *saber* que esto sucedería...

—Sí, teniente. Pero era sólo corazonada —sonrió Caine, con un destello irónico en el fondo de sus grises y astutas pupilas—. La verdad es que no entiendo nada de nada... Imagino que habrá huellas del criminal, indicios de que alguien se aproximó a la víctima...

—Muy débiles, pero las hay —resopló con disgusto el oficial de Homicidios—. Pisadas de una persona con chanclos de goma.

—¿Chanclos de goma? —se sorprendió Caine—. No llovió anoche. Ni llueve desde hace dos o tres días, teniente.

—Oh, claro que no. Ya pensé en eso. Pero los chanclos de goma son algo muy práctico para quien quiere ocultar el verdadero número de su calzado, y cosas así. Los chanclos corresponden a una persona con el número 45 ó 46 de talla de zapatos. Posiblemente no sea tan grande su verdadero pie, bajo los chanclos. Las huellas están en torno a las de Winters, se confunden con las de él a veces. Y hay señales más acentuadas delante justo del cadáver. Deben corresponder al momento en que fue agredido.

—¿Sin resistencia, según usted?

—Bueno, es algo que se deduce de su aspecto. No hay señales de lucha en torno, ni en las ropas del difunto... Creo que le sorprendieron bruscamente... o que conocía demasiado a su adversario para esperar ataque alguno por su parte. Luego, una vez herido, poco pudo hacer, salvo poner ese gesto de horror que refleja su rostro, y caer sin vida...

—De modo que todo sucedió como dijo Van Dyke. La daga indonesia, el acuchillamiento... y a una hora en que él estaba ya encarcelado.

—Eso es. Según eso, tendríamos asesino, confesión... pero también la imposibilidad legal de acusar a ese hombre de nada. Su coartada es indestructible por completo.

—En cuyo caso...

—En cuyo caso, Caine, como alguien tuvo que hacer esto, buscaremos lo único que puede explicar el crimen de Duncan Van Dyke.

—¿Qué, teniente?

—Un cómplice, por supuesto. El autor material del hecho...

* * *

—Un cómplice... Un autor material. No hay otra explicación posible, lógicamente.

Dyan Foster, directora y redactora-jefe de *Event* y de *Fashion*, las dos publicaciones de la cadena Markham de Publicaciones, una para sucesos

y otra para moda femenina, se quedó mirando a Caine, tras leer nuevamente algunos párrafos de su crónica de última hora para el número que iba a entrar en máquinas.

—Entonces no tiene objeto todo eso —señaló ella—. La acusación del propio Van Dyke, su presentación a la policía, la presunta coartada... La existencia del cómplice lo haría todo tan inútil como estúpido.

—Aún falta hallar al cómplice —señaló Caine—. Quizá no sea fácil lograrlo. Y es la policía quien debe probar que él es culpable. La confesión de Van Dyke, por enérgica que sea, no tiene valor alguno, habida cuenta de que se hallaba preso al morir Winters.

—¿Se sabe qué ha dicho el preso al saber lo ocurrido? —indagó Dyan Foster, curiosa.

—Se lo he preguntado ya al teniente Lee —sonrió Caine, irónico—. Sí, Dyan. El enigmático señor Van Dyke se ha limitado a sonreír maliciosamente, encogerse de hombros y volverse a tender en su camastro de la celda, con un comentario tan breve como significativo: «No es ninguna sorpresa. Les dije que ocurriría. Yo maté a ese hombre. No busquen a nadie más. Perderán su tiempo.»

Dyan Foster no hizo comentario alguno por el momento. A ella no le gustaban particularmente los sucesos sangrientos. Se sentía más identificada con la moda y con los temas femeninos de *Fashion*. Pero era una mujer a quien su juventud, sus inquietudes y su gran espíritu periodístico, habían lanzado a esa doble aventura, con enormes posibilidades de éxito. Dyan hubiera podido ser modelo por su figura, o actriz cinematográfica o presentadora de televisión por su rostro. Pero prefirió ocultar su belleza pelirroja, cautivadora y llena de femeninos atractivos, en las oficinas de una empresa periodística, guiada sólo por su afición al mundo fascinante de la noticia.

De ese modo, la bella e inteligente Dyan, la muchacha del cabello rojo, los ojos verdes y la boca carnosa, de un rojo más brillante que su melena, se había convertido en lo que todo Nueva York calificaba como Miss Magazine: la conjunción perfecta de la hembra moderna, hermosa, seductora y llena de personalidad, con la profesional eficiente, activa y llena de dinamismo. En suma: la periodista y la mujer, parecían en este caso un todo perfecto e indivisible. Y mejor que nadie, sus propios colaboradores conocían esa peculiaridad. En el semanario *Event*, nadie cortejaba a Dyan o admiraba abiertamente sus femeninos atributos. Ni siquiera Edmond, el hombre que peor fama tenía en ese sentido, dentro de la plantilla del periódico.

Su prestigio como galán preferido de las damas parecía estrellarse inexorablemente contra el muro de hielo que Dyan Foster situaba entre ella y los representantes del otro sexo. Edmond jamás se decidió a intentar romper ese muro. Ni siquiera a chocar con él.

—Prefiero unas buenas relaciones profesionales con Dyan, que unas

pésimas relaciones personales con quien es mi jefe y colaboradora en las tareas profesionales — era su comentario habitual.

Y a ese principio se atenía siempre severamente.

—Es un tema periodístico de gran interés —dijo al fin Dyan, golpeándose pensativamente el labio con la punta de su lápiz metálico—. Pero parece un callejón sin salida, para la policía y para nosotros. La noticia empieza aquí. Y puede, también, terminar aquí.

—Ya lo he pensado. Por eso he pedido algo a la policía.

—¿Qué, exactamente?

—Una entrevista exclusiva con Duncan Van Dyke —habló Caine, con expresión burlona—. Si ese hombre ha planeado un golpe teatral para un crimen del que no le veo posibilidad alguna de ser responsable, salvo con la existencia de un cómplice ejecutor, no hay duda de que también verá con buenos ojos cómo la prensa se hace cargo de la publicidad gratuita de su especial «técnica» asesina...

—Es una buena idea —aceptó la joven periodista, mirando con interés a su compañero—. Pero, ¿dará resultado?

—Posiblemente, sí..., siempre que Van Dyke se sienta tan seguro en esa celda, con su sólida coartada a toda prueba, que se olvide de toda prudencia y lleve demasiado lejos su extraña audacia.

—Yo diría que hay algo más que audacia en este asunto, Caine. Si ese hombre no tuviera testigos..., ¿cómo se las habría ingeniado para cometer un crimen imposible?

—No lo sé —suspiró Edmond, sacudiendo la cabeza—. Ni espero tampoco saberlo, a través de esta entrevista con Van Dyke. Recuerde que es un jugador de ajedrez. Y sea bueno o malo, sabe situar las piezas en el tablero. Cuando hace un movimiento, tiene ya previsto el que hará el adversario. ¿Quién sabe, incluso, si tendrá previsto de antemano que un periodista le visite en su celda, para ofrecer a los lectores un reportaje sobre tan apasionante suceso?

* * *

—No se equivoca, señor Caine. Lo tenía previsto. Estaba esperando que usted llegase.

—¿Precisamente... yo?

—Usted, u otro cualquiera: un periodista, en suma —se encogió de hombros, con afable sonrisa, el hombre encerrado en la celda del edificio policial de Manhattan—. Siéntese, se lo ruego. Sé lo que va a preguntarme, más o menos. Y por supuesto, usted mismo comprenderá que tengo preparadas mis respuestas y no va a sorprenderme en absoluto en mi propio terreno.

—Es un enroque sólido, ¿verdad? —sonrió Ed Caine, estudiando muy

interesado a su interlocutor, en aquel locutorio metálico y frío del Departamento Central de Policía.

—Oh, no llega a tanto —le miró Van Dyke con cierta indiferencia—. Su pieza de ataque será un simple peón de tanteo, señor Caine. Guardo el enroque para la artillería gruesa del enemigo.

—¿No me teme usted? —sonrió de nuevo Caine.

—No temo en absoluto a la prensa, si a eso se refiere —replicó con calma Van Dyke—. Es una pieza quizá imprescindible para mi juego, ¿no lo ha pensado?

—Sí —asintió Caine fríamente—. Lo he pensado, señor Van Dyke. Por eso estoy aquí.

—Mi duelo no es con usted. Ya le dije que es sólo un peón en el tablero. Yo no moveré mi alfil, mi torre o mi caballo para cubrirme. No sería necesario.

—Cuidado. No descuide nunca la guardia. Ni menosprecie al adversario. Un peón ha logrado a veces el jaque mate.

—No conmigo —rió entre dientes Van Dyke. Entrelazó sus manos sobre la mesa. Su rostro enjuto, su barbita recortada, su cabello largo, entre castaño y canoso, algo rizado en las puntas, el color azul límpido de sus ojos, la energía de su recta nariz y sus delgados labios, le daban una fisonomía peculiar y personal, llena de magnetismo y astucia. Vestía dignamente, y lucía un anillo de oro de raro diseño, que él agitó, al ver la mirada de Caine fija en él—. Diseño mío, señor Caine. También hago bocetos de joyas modernas... Soy un artista.

—Artista y jugador de ajedrez —ponderó Caine—. Extraña conjunción. Sensibilidad y cerebro, genialidad y método, inspiración y frialdad...

—Exacto, señor Caine —las pupilas azules fulguraron vivamente, clavadas en él—. Usted no es ningún tonto.

—Gracias... —inclinó la cabeza Edmond, risueño—. Winters era crítico de arte, entre otras cosas. ¿Le atacó alguna vez en sus críticas?

—No lo recuerdo —rió de buena gana Van Dyke—. Si va a acusarme de matar a Winters por rencor de artista, creo que me valoraría muy bajo, señor Caine...

—Fue sólo una idea. Es el nexo inmediato que encontré entre él y usted. Pero supongo que habrá otros.

—Quizá. —Vagamente, el preso se encogió de hombros, siempre con gesto irónico, dueño de la situación—. Winters murió entre cuatro y cinco de la madrugada, ¿verdad?

—Verdad —Caine no quitaba de él los ojos—. Usted estaba a esa hora a buen recaudo.

—Sí. Imagino que estarán buscando ya un cómplice...

—Imagina bien. Es elemental, ¿no?

—Demasiado elemental. Eso no tendría gracia ni ingenio. ¡Un cómplice! Cielos, ¿eso denotaría inteligencia alguna en mí?

—Si nunca hallaran a ese cómplice, sí.

—Personalmente, me avergonzaría de tener un cómplice, señor Caine.

—¿Puedo publicar eso en mi periódico?

—¿Por qué no? —rió Van Dyke, siempre desconcertante—. Jamás tuve cómplices. Es... es como ganar una partida de ajedrez con la ayuda de otro maestro. O como copiar la obra de arte de otro creador.

—En resumen: usted mató a Winters.

—Sí. Yo mismo le maté.

—¿Personalmente?

—Si no hay cómplices, resulta obvia la respuesta, ¿no cree? —fue la fría respuesta.

—En Battery Park, en plena madrugada, al aire libre. Lejos de toda vivienda o lugar habitado. Un hombre muere acuchillado en el corazón. El arma es una daga indonesia, robada de un museo... Tal como usted lo anunció. El asesino usa chanclos de goma, aunque no llueve. Está en Battery Park entre cuatro y cinco, mientras usted se halla entre rejas, en un sólido edificio policial, con agentes que le vigilan y cuya complicidad o ineficacia sería absurdo buscar. ¿Estoy enumerando bien los hechos, señor Van Dyke?

—Perfectamente, sí —su boca se curvó en un rictus malicioso—. ¿Adónde le lleva a parar todo eso?

—A un absurdo —masculló Edmond, con un suspiro—. Usted confiesa ser culpable. Pero *no puede* serlo materialmente. Y sin embargo, asegura no tener cómplice alguno fuera de aquí.

—Más que eso: le doy mi palabra de que es así.

Hubo un breve silencio. Era ridículo pensar que decía la verdad, porque la única posibilidad material era pensar en aquel cómplice. Y sin embargo, Caine estuvo casi seguro de que aquel hombre increíble no mentía en absoluto...

—Imaginemos que es así —resopló Caine, tabaleando sobre la mesa que les separaba en el frío recinto con la sombra del agente uniformado tras la verja de limitación del locutorio—. Señor Van Dyke, ¿insiste usted en que mató a Gary Winters, y al mismo tiempo procuró ser encarcelado para tener una coartada a toda prueba, cuando su asesinato fuera cometido?

—Insisto en eso. Y le añadiré algo más, que puede decir a sus lectores: mi encarcelamiento voluntario, que espero se prolongue, no es sólo una coartada indestructible para la ley y la justicia, señor Caine, sino... un desafío... que yo hago a todos ustedes: policía, prensa, opinión pública y jueces de este país. A todos ellos les digo lo mismo: la

muerte de Gary Winters ha sido sólo el principio.

—¿Qué? —jadeó Caine, repentinamente sobresaltado, inclinándose hacia adelante—. ¿Qué quiere usted decir?

—Existen otras víctimas. Y a todas las mataré *desde dentro* de mi celda, esté donde esté. Mataré a varios, señor Caine. Y nadie podrá evitarlo...

—Cielos, eso suena tan fantástico... ¿Piensa acuchillar a otra persona, estando encarcelado?

—No. Cada uno morirá de un modo *diferente*. Cada vez *más* difícil, ¿entiende, señor Caine? La próxima víctima de Duncan Van Dyke morirá... *estrangulada*.

* * *

—¡Estrangulada! Una segunda víctima... Es ridículo, completamente disparatado...

—Yo no diría tanto —suspiró Caine, contemplando la primera página de la edición especial del *Event*, recién salida a la calle.

Los titulares eran espectacularmente amplios y sensacionalistas:

«¿Asesinatos sin asesino... o magia criminal desde una celda hermética?

«Duncan Van Dyke anuncia nuevos asesinatos permaneciendo preso.»

Más abajo, en titulares más reducidos, se añadía:

«Sigue fracasando la búsqueda de un cómplice por la policía.»

—Yo me limito a relatar en el periódico cuanto me dijo Van Dyke —suspiró Ed Caine, encogiéndose de hombros—. No añadió nada más: ni nombre, ni lugar, ni fecha. Dice que todo eso sería dar demasiada ventaja a sus adversarios. Pero cree que es suficiente con su desafío. Un jugador de ajedrez, según él, nunca revela completo su plan de ataque. Pero sí avisa con el movimiento de una pieza. Y eso es lo que él acaba de hacer. Dice que es tarea nuestra evitar que esa pieza tome posiciones favorables. Conocemos el recuadro al que ha ido a parar. Lo demás, está en nuestras manos.

—Ese maldito Van Dyke... Siempre utilizando términos

ajedrecísticos...

—Teniente, todo esto tiene el aspecto de una auténtica partida de ajedrez, con piezas humanas. Ya hay un peón comido. O quizá un alfil o un caballo, nunca lo sabremos. Gary Winters puede ser un tipo importante, o no ser apenas nadie. Sabemos que existen otros. Y que están igualmente sentenciados a morir. Además, su *tour de force* desde la cárcel es realmente notable: ha anunciado que cada crimen será «diferente» del anterior. A eso le llamo yo tener ingenio, audacia... y una gran riqueza de recursos para estar encarcelado.

—Caine, me decepciona usted. ¿De verdad ha creído esas tonterías?

—¿Por qué no? Van Dyke se anticipó en dos horas o más a la ejecución de un asesinato. Acertó el medio, el arma homicida y hasta la hora exacta. Logró afianzar su coartada, y parece tan tranquilo como si todo estuviera medido de antemano y no hubiera medio humano de que fallara. Una daga indonesia no es fácil de obtener. Matar a un hombre en Battery Park, y desaparecer sin dejar otro rastro que las pisadas de unos chanclos, tampoco es una bagatela. Y hacer todo eso desde una celda segurísima, rodeado de verjas, policías y medios de seguridad, raya ya en lo imposible.

—Olvida algo: el cómplice, el que actúa fuera, en la sombra, mientras ese fantástico embustero alardea ante nosotros.

—¿Cómplice? —Caine sonrió—. ¿Usted ha dado con él? ¿Posee alguna evidencia de su realidad o puede probar su existencia?

—Es cuestión de tiempo. Estamos investigando la vida y personalidad de Duncan Van Dyke. Si encontramos familia, amistades, su círculo social, en suma, terminaremos por hallar a quien por dinero, por encargo, o por simples motivaciones sentimentales, ejecutó el acto criminal, dando así una coartada firme a nuestro personaje.

—Sigue aferrado a su teoría, teniente —dijo Caine, frotándose el mentón pensativo.

—No puede existir otra. Nadie atraviesa los muros sólidos. Nadie posee el don mágico de desdoblarse, estando a la vez en dos lugares diferentes, Caine...

—¿Eh? —dijo un respingo Edmond—. ¿Qué es lo que ha dicho, teniente?

—Hablé de desdoblamiento y de... Oh, Caine, ¿en qué está pensando? Hablamos de algo tan serio, y usted se distrae, dejando vagar su mente por otros lugares...

—Se equivoca, teniente Lee —habló Ed con tono grave—. Estaba pensando en algo muy parecido a lo que usted mencionó. Es solamente una sugerencia, una remota posibilidad, pero... vale la pena probar fortuna, créame...

—Sí, es cierto. Conozco mucho a Duncan Van Dyke. Y también conocía a Gary Winters...

Caine miró a la persona a quien estaba interrogando. La primera respuesta no dejaba de ser satisfactoria, aunque por sí sola no significara gran cosa. Pero le hizo sentirse más seguro. El terreno que pisaba parecía sólido bajo sus pies. Al menos, por el momento.

Estudió a la mujer joven, de cabello rubio pajizo y gafas montadas en oro, que le atendía en el despacho de dirección del Museo de Arte y Cultura de Nueva York. La profesora Victoria Blaine era una especialista en Antropología y estudio de las diversas culturas orientales. Su museo, sin ser demasiado importante, era notable por los ejemplares que exhibía, casi todos trasladados desde lejanas tierras asiáticas.

Pese a su severidad profesional, la profesora Blaine era todavía joven, quizá no mayor de la treintena. Sus atractivos físicos no eran excesivos, pero cuando menos era esbelta y poseía unas piernas finas y bien torneadas. Aunque lo cierto es que no concedía el menor relieve a su figura. Y su rostro carecía por completo de afeites y cosméticos, por lo que la abundancia de sus pecas resultaba aún más evidente.

—¿Cree usted que Van Dyke puede ser un asesino? —preguntó Caine, tras un silencio.

—He leído los periódicos. Me resisto a imaginarle en ese papel, pero... él mismo lo ha confesado, ¿no es cierto?

—También es cierto que posee una coartada a toda prueba. Existe la imposibilidad material de que cometerá ese crimen.

—¿Entonces...? —enarcó ella sus rubias cejas, tras las gafas, con aire estático.

—Me gustaría saber si él pudo robar de su museo la daga indonesia.

—Cualquiera que gozara de la confianza mía y de mis empleados podría hacerlo, en especial si conocía bien el museo. Ambos casos se daban exactamente en los dos hombres: en Van Dyke y en la propia víctima, Gary Winters.

—Siendo entonces relativamente sencillo obtener la extraña arma... ¿qué amistad o familiar de Van Dyke vería usted como más posible cómplice de nuestro hombre, en un hecho semejante?

—¿Cómplice en un crimen? A nadie, señor Caine... Absolutamente a nadie. Duncan Van Dyke posiblemente esté loco o sufra un trastorno pasajero que le haya lanzado a ese juego absurdo, pero en el terreno criminal... dudo mucho que ninguna de sus relaciones personales pudiera ser cómplice en algo delictivo.

—¿Eso quiere decir que Van Dyke es un hombre de relaciones honorables?

—Por completo, sí.

—Sin embargo, se confesó autor de un crimen.

—Una excentricidad, esté seguro. No puede ser cierto todo eso.

—La muerte de Winters no es una excentricidad. Y la existencia del asesinato es algo bien cierto, fuera de toda duda.

—Ha de existir una explicación lógica y razonable que quite toda posible sospecha de la persona del señor Van Dyke, señor Caine.

—Lo dudo mucho. El mismo se reconoce culpable.

Avisó de la existencia del crimen *antes* de que éste se cometiera. ¿Le ve usted explicación a todo eso?

—No. ¿Y usted? Puesto que ha venido a verme con esa serie de preguntas, ¿puedo yo preguntarle a mi vez qué es lo que esperaba encontrar en mí?

—La respuesta es algo muy simple: ¿tiene familia Duncan Van Dyke? Creo que él expuso en este museo algunas veces. Tiene cierta amistad con usted, señorita Blaine... Me gustaría que me hablase de Van Dyke. ¿Quiénes son sus familiares? ¿Quiénes sus amigos? ¿Tiene esposa, hijos o hermanos? ¿Tiene amigos íntimos?

—No tiene esposa. Es un solterón empedernido —suspiró la profesora Blaine—. En cuanto a familia... tiene una sobrina. Y un primo. Amigos, pocos. Es poco comunicativo, muy introvertido, como buen jugador de ajedrez, además de artista excéntrico...

—Una sobrina, un primo... ¿Y hermanos? ¿Tiene hermanos? ¿Uno sólo, cuando menos?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué busca a un hermano, señor Caine?

—Busco algo más que eso: un hermano... *gemelo*. O un hombre tan parecido a él, que pueda suplantarle ante la policía, en una celda... o en el escenario de un crimen, sin que se advierta la diferencia.

CAPITULO III

—¿UN hermano gemelo? Cielos, no. Ni siquiera un hermano. Mi tío Duncan jamás tuvo hermanos, ¿no es cierto, Larry?

—Y bien cierto, Janis —asintió Larry Van Dyke, primo del detenido—. Duncan fue hijo único. No tuvo hermanos. Ni gemelos ni de los otros. Creo que con uno como él, hubo suficiente en la familia.

Rieron ambos, mientras Caine les escuchaba atentamente. Janis era una muchacha exultante de feminidad. Desde su torso, de dimensiones poco usuales, hasta sus rotundas caderas y sus muslos macizos. Pese a ser época invernal en Nueva York, lucía unos *shorts* muy ajustados. Claro que la temperatura en su vivienda, amplia y encristalada, frente al Hudson, era muy confortable, gracias a la calefacción. Morena de piel y de oscuros cabellos lustrosos, Caine se dijo que debía tomar sesiones de rayos ultravioleta durante el invierno, para mantener aquel tinte atractivo y sedoso de su piel bronceada. A su lado, su tío Larry, pocos años mayor que ella, parecía pálido, pese a que también en su tez se apreciaba el efecto de sesiones de rayos para mantenerse con aire deportivo y saludable. Tenía el cabello prematuramente salpicado de canas, pero vestía de tonos claros, incluso con calzado ligero y muy claro, como si fuese a jugar al tenis o al golf.

La residencia de los Van Dyke era evidentemente suntuosa y sin estrecheces económicas. Pero pronto supo que Duncan no formaba parte de aquel nivel de vida desahogado.

—El primo Duncan es muy raro —suspiró Larry, tras una pausa—. Nunca quiso vivir brillantemente, con la sociedad neoyorquina. El prefiere su vida bohemia, su propio círculo social, la relación con los artistas... Por eso no logro entender esto de ahora, a menos que sea una excentricidad para hacerse publicidad gratuita.

—Tío Duncan es muy capaz de eso —admitió Janis, pensativa.

—Si el hecho hubiera sido cometido antes de entregarse él, pensaría en esa excentricidad, señorita Van Dyke. Pero él anunció los hechos antes de suceder, con asombrosa precisión. Eso es lo que inquieta a la policía. Y lo que me intriga a mí, como periodista.

—Tío Duncan es calculador, frío y tremendamente cerebral, tanto para su arte como para jugar al ajedrez —señaló Janis—. Pero imaginarse asesinando a la gente a sangre fría, me resulta inconcebible.

—Y más, desde el interior de una celda —comentó Caine, sarcástico—. Por eso quería saber si existían hermanos gemelos, gente parecida a él tan exactamente como para ocupar su puesto en determinado momento.

—¿Un suplantador? —se animó la mirada de Larry—. No haría falta un mellizo, señor Caine. ¿No ha pensado en alguien caracterizado como él, a poco que sea su parecido físico?

—Sí, lo he pensado. Lo malo de Van Dyke es que tiene una acusada personalidad. No es fácil encontrar un «doble» a quien destaca tanto en lo físico. Pero si existiera ese sosías, ¿quién sería Van Dyke? ¿El que se presentó primero a la policía y fue rechazado? ¿El que rompió la vidriera y lesionó a un agente, siendo encarcelado? ¿O el que acuchilló en Battery Park a Gary Winters?

—Es todo un problema —suspiró Janis, dejándose caer con indolencia en una butaca, y cruzando sus llamativas piernas desnudas—. ¿Usted qué solución elegiría?

Le sonreía burlonamente, como desafiándole con su físico exuberante y con la ironía de su pregunta sarcástica. Ed Caine se encogió de hombros, frunciendo el ceño.

—Cualquiera valdría... si realmente responde a la realidad. Es una solución teatral y muy efectista, pero tiene que existir alguna, si no hay cómplice, como la policía imagina.

—Larry y yo podríamos ser ese cómplice misterioso —señaló ella con maliciosa expresión—. Somos la única familia de tío Duncan, pero... no resultaría agradable cambiar esta vida cómoda por un sitio en la silla eléctrica, ¿no cree?

—Eso es obvio —murmuró Caine—. Sin embargo, su tío no ha vacilado en cambiar su libertad por una celda. Hoy o mañana se le juzgará... pero sólo por escándalo público, rotura de vidrios de un negocio y lesiones a un agente de policía en el cumplimiento de su deber.

—¿Le condenarán a prisión, o bastará con una fianza? —indagó Larry.

—¿La pagará usted, si sale bajo fianza? —quiso saber Caine.

—Sí. La pagaré yo. O Janis lo haría. Incluso creo que algún amigo suyo sería capaz de ello.

—¿Se le ha ocurrido la idea de que quizá su primo Duncan no quiera salir bajo fianza?

—Eso es ridículo. La broma ha llegado a su final, estoy seguro.

—Yo no lo estaría tanto, señor Van Dyke —declaró sombríamente Caine.

Abandonó la vivienda de los parientes de Duncan Van Dyke. Sólo una hora después, se enteró de que el acusado había sido condenado a

dos meses de cárcel, una multa de mil quinientos dólares, y que podría gozar de libertad condicional bajo fianza de cinco mil dólares.

Antes de que nadie depositara esa suma, Duncan Van Dyke insultó y trató de agredir al juez que veía su caso. Ello obligó a retirar su fianza, y la pena se elevó a otros dos meses de arresto por desacato a la justicia, sin posible fianza para liberarle.

* * *

—Parece que está totalmente decidido a que esto continúe...

El teniente Damon Lee, sombrío, asintió despacio, mordiendo con disgusto su emparedado. Luego tomó un trago de leche y se quedó contemplando a Dyan Foster y a Ed Caine, con gesto ceñudo.

—El abogado de oficio de Van Dyke ha apelado contra la nueva sentencia, pero al menos pasará un mes antes de que el enfurecido juez Bradwell quiera saber nada de una fianza por dejar en libertad al hombre que intentó agredirle —resopló Lee, disgustado—. Un mes de cárcel es suficiente para que las cosas empeoren para nosotros... si alguien más llegara a morir en esos días.

—Es muy relativo eso —objetó fríamente Dyan, fumando despacio su cigarrillo emboquillado—. Cualquiera puede morir hoy, mañana o cualquier otro día, víctima de estrangulación a manos de una persona desconocida, y atribuirse Van Dyke ese crimen, en un alarde de cinismo, teniente. Esto no es cómo usar una daga indonesia, pongamos por caso.

—Dyan tiene razón —apoyó Caine—. Juega con la ventaja de que siempre muere alguien violentamente, y la estrangulación es el más normal de los procedimientos utilizados. ¿Cómo sabremos que, realmente, Van Dyke es responsable de una determinada muerte?

—Por desgracia, Caine, el maldito bribón ha pensado también en ello muy a tiempo —resopló con ira el teniente de Homicidios—. Había reporteros en el juicio, y lanzó su afirmación rotunda, apenas le condenó el juez. Veán esta última edición de los diarios... Acaba de llegar a mi despacho hace diez minutos...

Les tendió una edición extra del *Times*, En quinta y sexta columnas figuraba el titular, con bastante estridencia para un periódico tan conservador como aquél:

«¡Desde mi celda estrangularé a mi segunda víctima!, fue el grito de Duncan Van Dyke, tras el corto trámite judicial.

»Y añadió el detenido: Todos sabréis quién es, apenas sea hallada. Su relación conmigo será tan evidente, que no habrá lugar a la menor duda.»

—Claro como la luz, y oscuro como las sombras —señaló Caine, pensativo—. Puede decirlo todo... o no decir nada. Pero parece evidente que cuando aparezca la víctima, no tendremos duda alguna sobre el hecho de que será obra de Van Dyke otra vez. Aunque oculta celosamente cuál es el nexo que le relacionará con él.

—Cosa evidentemente hecha para que su víctima no se ponga en guardia —señaló Dyan Foster súbitamente, aplastando su cigarrillo en un cenicero de pesado vidrio.

—Eh, un momento... —el teniente Lee se irguió, mirando con un vivo centelleo de inteligencia a su interlocutora—. ¿No sería eso una posible clave?

—¿Clave? ¿El qué, teniente? —se intrigó ella, siendo la primera sorprendida.

—La persona que puede ponerse en guardia... —habló Lee con excitación—. Caine, ¿se da cuenta de lo que quiero decir? Hay personas que tendrán una razón, la que sea, para temer ser atacados por Duncan Van Dyke, si realmente existe un móvil en estos crímenes... Entonces, sólo nos hará falta publicar en toda la prensa un aviso oficial, advirtiendo a todo el que crea verse amenazado por alguna razón, que venga a informar a la policía al respecto... Eso tal vez nos permitiera impedir alguna muerte si, como afirmó Van Dyke, piensa seguir cometiendo crímenes...

—¿Crímenes desde su celda? —señaló irónica Dyan—. Teniente, parece haber aceptado ya con todas sus consecuencias ese hecho materialmente imposible...

—¿Y qué puedo hacer? —masculló Damon Lee, irritado—. Lo de Winters no tiene explicación posible. El arma indonesia fue robada a ese museo, y Van Dyke parecía saber la existencia de un futuro crimen. Ahora, nos anuncia otro. Si se lleva a cabo, será el momento de tomarse tremendamente en serio este disparate, señorita Foster. Si no..., habremos de convenir en que, por alguna oculta razón, Van Dyke se ha burlado de nosotros, conocía ciertos hechos que nosotros ignorábamos y jugó una carta publicitaria increíble, lanzando su nombre a las primeras planas de todos los periódicos del país. Por el momento, como policía, debo tomarme en serio la amenaza de Van Dyke, puesto que existió una anterior y se cumplió fatalmente. Luego... ya veremos lo que sucede esta vez. Mientras tanto, seguiremos buscando un cómplice, un «doble», como supuso inicialmente Caine..., o lo que sea.

—Usted ha sugerido una tercera posibilidad hace poco, teniente Lee —dijo inesperadamente Edmond Caine.

—¿Yo? —se asombró el policía, enarcando las cejas—. Diablos, pues no lo advertí...

—Ya me di cuenta de ello. Fue algo instintivo, quizá subconsciente...

Usted ha dicho, como al azar, que Duncan Van Dyke «parecía saber la existencia de un futuro crimen».

—Sí, ¿y qué?

—¿No se da cuenta, teniente? —Caine se puso en pie, levemente excitado—. Imaginemos que, por la razón que sea, Van Dyke sospecha o sabe que «alguien» va a asesinar a Winters con una daga indonesia, robada del Museo de Arte y Cultura que dirige la profesora Blaine... Entonces, resuelve algo más inquietante y siniestro que avisar honradamente al propio Winters, víctima del hecho: fingir que será él quien cometa el crimen, citar datos, atribuirse la paternidad del hecho, pero cuidadosamente conseguir que le encarcelen previamente, para tener una coartada que le salve de la silla eléctrica, pese a su osadía al confesarse culpable de algo que ningún juez admitiría que él pudo llevar a cabo...

—Es una buena teoría —afirmó Lee, perplejo—. Lo haré investigar, Caine. Gracias por la sugerencia. Creo que en este caso nos conviene estar unidos a la prensa y a la policía.

—Es una buena alianza —sonrió Dyan Foster—. Usted nos notifica las novedades importantes, y Ed y yo le ayudamos investigando extraoficialmente el caso... Hay cosas a las que un policía difícilmente llega. Y un periodista puede filtrarse con más posibilidades.

—Estamos completamente de acuerdo. Actuaremos unidos, en tanto sea posible. Mucha gente se sincera antes con un periodista como Caine que con uno de mis hombres. Además, aunque en cierto modo hagamos el juego a Van Dyke, la prensa va a ser muy necesaria esta vez. ¿Publicarán el aviso para poner en guardia a los posibles amenazados?

—Vamos a hacer ediciones especiales del semanario, en tanto haya noticias —afirmó Dyan—. Y en todas irá ese anuncio, no lo dude, teniente.

* * *

«¿Es usted la persona sentenciada?»

«Recuerde que un hombre llamado Duncan Van Dyke ha afirmado que matará a otras personas. Gary Winters sólo fue la primera. La próxima víctima será estrangulada, a pesar de que Van Dyke sigue en prisión.

»¡Cuidado! No se fie de nadie. Vigile a su alrededor. Y si está convencido de que usted puede ser una de sus víctimas... ¡acuda a nosotros o a la policía, a pedir protección!»

Edmond Caine suspiró, sacudiendo la cabeza. Tiró a un lado el ejemplar del *Event*, en edición extra, con aquel anuncio dramático recuadrado en rojo, en primera plana, bajo la fotografía del cadáver de Gary Winters y una fotografía detallada de Duncan Van Dyke.

—La idea era buena —comentó de mala gana—. Lo malo es que no se nos ocurrió pensar en la gran cantidad de psicópatas, falsarios y embusteros que residen en una ciudad de tantos millones de habitantes... El teniente Lee está tan furioso como usted, Dyan. Le llueven las denuncias y peticiones falsas. Patéticamente, un increíble número de neoyorquinos de ambos sexos que temen ser las «víctimas ideales» de Van Dyke. En muchos, lleva sólo minutos probar su falsedad. Pero en otros, el aclararlo resulta más complejo. Y ya no sabemos quiénes son sinceros y quiénes no. La psicosis de creerse perseguidos por un asesino fantasma, ha desbordado todas las previsiones imaginables. Todo Nueva York parece a veces un inmenso manicomio.

—No me hable de ello, Ed —suspiró ella, con acritud—. Ya he delegado la tarea de recibir llamadas angustiosas y visitas desesperadas, en Barney y Mac Dougall. Si esto sigue, me temo que ambos se despidan sin esperar a más.

—Van Dyke debe estarse riendo de todos nosotros en su celda —masculló Caine, disgustado—. Quizá ha previsto todos estos errores. Recuerde que es jugador de ajedrez, y que gusta comparar la vida con un inmenso tablero, y a los humanos con simples piezas distribuidas en él. Toda esta confusión no hace sino favorecer sus planes abiertamente. Suponiendo que, realmente, pueda descargar el segundo golpe desde su celda.

—Cuando menos, espero que sirva para haber puesto sobre aviso al verdadero condenado, al que tiene que morir en segundo lugar —señaló Dyan, preocupada—. De otro modo, todo resultaría inútil...

—Inútil y lamentable. Los chiflados y neuróticos temiendo ser asesinados... mientras los verdaderos amenazados guardan silencio... No quiero ni pensarlo, Dyan; pero ¿se le ha ocurrido pensar en la posibilidad de que, quizá, algo inconfesable y oscuro obligue a esa gente a mantenerse callada, a la espera de lo que suceda, sin atreverse a declarar su condición de víctimas predestinadas de una serie de crímenes?

—Sí, se me ha ocurrido —admitió Dyan—. Y tiene muchos visos de ser la más verosímil de todas las posibilidades a manejar. Si aceptamos la premisa de que un hombre puede matar a distancia, sin salir de una celda, tendremos que aceptar otras cosas mucho más lógicas y razonables, como sería el hecho de que las personas sentenciadas puedan sospechar que van a morir, y no se atrevan a denunciar la realidad de los hechos.

Además, ¿quién tomará en serio la posibilidad de que un hombre

encarcelado pueda hacerles daño alguno?

—Especialmente si ellos también están seguros de que Duncan van Dyke *no puede* tener cómplice alguno...

—Sí. Especialmente... en este caso —admitió Dyan Foster, profundamente preocupada, sin desviar sus verdes pupilas del rostro tenso de su compañero de trabajo, Ed Caine.

CAPITULO IV

EL timbre sonó prolongadamente.

Ed Caine se incorporó. No esperaba a nadie a aquella hora de relajamiento, en su tranquilo apartamento de la Calle Cincuenta y Nueve, cerca de Central Park.

Abrió, llevándose una pequeña sorpresa ante su visitante. Siempre era agradable verse ante una mujer, aunque ésta fuese Victoria Blaine, la rubia y pecosa directora del Museo de Arte y Cultura de Nueva York. Cuando menos, su rubio era natural, y no producto de tinte alguno. Y su ausencia de artificios compensaba sobradamente de su posible carencia de atractivos sensuales, dándole un aire fresco y natural, que no poseían el noventa y cinco por ciento de las mujeres de Nueva York.

—Vaya, profesora,.. —recordó que le había dejado su tarjeta y se hizo cortésmente a un lado, dejando paso a la dama—. Adelante, por favor. ¿A qué debo este honor sorprendente?

—Me dijo que si recordaba algo importante sobre Duncan van Dyke, se lo mencionara sin pérdida de tiempo.

—Oh, por supuesto. Pero pudo hacerlo por teléfono, sin necesidad de molestarse — comentó Caine, ofreciéndole un asiento en su gabinete.

—No ha sido molestia, se lo aseguro. Vivo en la Calle Sesenta y Ocho, y éste es mi camino de regreso, cuando abandono el museo cada día —sonrió ella, acomodándose en el asiento. Y para sorpresa de Ed, al cruzarse de piernas probó que su falda era más corta de lo imaginable... y sus piernas mucho más atractivas también de lo que él había previsto inicialmente—. Creo que es preferible hablarle personalmente de este asunto. Es algo delicado, lo he pensado bastante antes de comentarlo... y quizá no sea tampoco oportuno mencionarlo, por lo que podría implicar para una persona que yo, pese a toda la campaña de Prensa y todo lo que él afirme, quizá en un arranque extraño de excentricidad, considero aún por completo inocente de todo delito tan horrible como el de Battery Park...

—Entiendo su escepticismo, profesora —suspiró Caine—. No es fácil admitir que un hombre a quien conocemos, al que consideramos perfectamente normal, se convierta de súbito en un monstruo enigmático y maligno, que anuncia con antelación unos fantásticos asesinatos que parecen, además, imposibles por completo de ser obra

suya directa.

—A eso iba, señor Caine. Y, por cierto, no vuelva a llamarme «profesora» —sonrió, incluso con una feminidad plena de coquetería, y Caine, perplejo, observó que su blusa, bajo el sobretodo gris perla, era tenue, color verde aceitunado, y tan sutil que permitía dibujarse unos senos menudos pero firmes y juveniles, que él tampoco sospechara al ver a Victoria Blaine con su severo atavío en el museo—. Me hace sentirme vieja y sin los atractivos mínimos, exigibles a una mujer que roza ya la treintena...

—Cielos, no hable así, prof... Perdón, señorita Blaine. En el museo admito que la vi como una dama severa y árida, pero me temo que era el marco, el clima del recinto, y no usted misma lo que me hizo pensar así. Ahora parece seis o siete años más joven... e infinitamente más atractiva.

—Gracias, Caine —sonrió más ampliamente ella, asomando un leve rubor a sus mejillas pálidas, salpicadas de doradas pecas—. Tampoco me gusta eso de «señorita Blaine». ¿Por qué no me llama Vicky¹? Siempre me gustó que me llamasen así...

—Vicky es un nombre delicioso. Sí, Vicky, la llamaré así gustosamente. Y mi nombre para los amigos... y amigas, es Ed.

—Ed, vine a verle por lo que dijo sobre Van Dyke y la posibilidad de... de que hubiera una explicación para su encarcelamiento y la ejecución de los crímenes simultáneamente.

—La escucho —manifestó Caine su vivo interés—. Eso puede ser fundamental.

—Me temo que no, pero... ¿qué diría usted si le asegurase que vi esta misma tarde, en el museo... *a Duncan van Dyke en persona*?

—Imposible —pestañeó Caine—. Está encarcelado todavía...

—Lo sé —suspiró ella—. Pero lo vi. Sé que no podía ser él, por supuesto.

—¿Cómo lo sabe? ¿Qué es lo que vio, exactamente?

—A un hombre idéntico a Van Dyke —sonrió la rubia profesora de Antropología.

—Cielos... Es lo que estuve buscando todo este tiempo —se agitó Caine vivamente—. ¿Quién es él?

—Un actor. Ha trabajado en el cine y en la televisión. Gusta de imitar a la gente. Es amigo de Van Dyke. Un día le suplantó en una fiesta social, siguiendo una broma de Van Dyke...

—¿Sabe su nombre, prof... Vicky? ¿Lo sabe?

—Sí —afirmó ella—. Se llama Aaron Jerome. Creo que ahora trabaja en un teatrillo de *vaudeville* de Brooklyn. Me sorprendió verle en el museo. Vestía como Van Dyke, e incluso llevaba su sombrero, de tipo hongo, gris, su bastón de empuñadura de plata... En fin, como si fuese a

una recepción en toda regla, representando el papel de Van Dyke.

—Vicky, una pregunta —dijo Caine, agitado, poniéndose en pie, y mirándola muy fijo. Se inclinó sobre ella y la tomó por los brazos, oprimiendo sus dedos la suave seda brillante, verde aceituna, de la blusa de la joven profesora—. Una sola pregunta aún...

—Sí, Ed, hágala —asintió ella. Y su carne pecosa y rosada pareció vibrar bajo los dedos masculinos súbitamente. Los ojos azules de la rubia profesora no se desviaban de los de él.

—¿Podría ser..., podría ser ese hombre que usted vio esta noche en el museo... *el propio* Duncan van Dyke... y Aaron Jerome el que ocupa una celda en la prisión?

La profesora Blaine dudó un momento, con un destello de sorpresa en sus pupilas azules. Al fin, movió la cabeza, en sentido afirmativo.

—Sí —admitió suavemente—. Podría ser, Ed.

* * *

Era uno de esos teatrillos de *vaudeville* y *burlesque*, como hay tantos en los barrios suburbanos de Nueva York. De localidades baratas, de atracciones mediocres y abundantes exhibiciones de *strip-tease* en el escenario, para disimular un poco la vulgaridad de los números artísticos.

Se llamaba Old Music Palace, lo cual era un nombre demasiado rimbombante para el local. Sin embargo, la gente no se preocupaba por su nombre, ni por su falta de comodidades o su triste programa, sino por las exuberantes damas que se mostraban en las carteleras, avisando frívolamente a los espectadores sobre la generosidad de sus exhibiciones durante el *show*. Y la escasa concurrencia del teatrillo, por esos motivos pasaba por taquilla, para hundirse en una incómoda butaca y fumar sus cigarrillos mientras asistían impávidos a un desfile de atracciones, acogidas las más de las veces con burlas, silbidos y frases soeces, que se volvían piropos, no menos malsonantes, cada vez que una grupa o un busto opulento asomaba sus rotundidades a la luz de los focos.

Una breve orquesta, compuesta por un pianista, un saxo, una batería y un clarinete, amenizaba el espectáculo con idéntica tristeza y falta de entusiasmo que ponían los intérpretes en el escenario.

—Ese es —dijo Vicky Blaine que, para ser profesora de Antropología y directora de un museo, no parecía intimidarse demasiado en un local como el Old Music Palace de Brooklyn.

Y Ed Caine vio aparecer en escena, vestido de frac, con sombrero de copa, en un triste remedo del viejo Fred As taire, a un hombre que, realmente, parecía el exacto duplicado de aquel que viera en un locutorio del Departamento Central de Policía, no mucho antes.

Se preguntó quién de ellos era Duncan van Dyke y quién el triste cómico Aaron Jerome. Aunque a juzgar por su exhibición de *claqué*, acompañado por las decadentes filigranas de su bastón, aquel hombre del escenario debía ser el artista de *burlesque* que arrastraba su existencia por los teatrillos, sin importarle su rebuscada semejanza con un hombre que había cobrado de repente triste y siniestra fama en toda la ciudad.

Aquel penoso remedo del «Continental», de «Top Hat» o de «Cheek to cheek», evocación de viejos éxitos fílmicos de la pareja Astaire-Rogers, fue desfilando con más tristeza que esplendor por el angosto escenario, entre risas, burlas y silbidos. Airadamente terminó su actuación Aaron Jerome, miró con ira a los espectadores y taconeó, disgustado, en un desplante casi tan *demodée* como él mismo, haciendo mutis entre acordes de la orquestina y estridentes silbidos del «respetable».

—Vamos —susurró Caine en voz baja, incorporándose de la incómoda butaca en que asistiera a la representación—. ¿O prefiere quedarse viendo el resto del programa?

—No creo que esa gorda rubia me seduzca demasiado —comentó la profesora, irónica, cuando una exuberante matrona platinada, a lo Mae West de treinta años atrás, asomó en el escenario bamboleándose picarescamente y comenzando el inevitable número de *strip-tease*, que los espectadores acogieron con delirantes muestras de complacencia. La musiquilla de la orquestina evocó dificultosamente una melodía oriental parecida a *Scherezade*, aunque no demasiado. A sus acordes, aquel corpachón opulento comenzó a cimbrarse, casi cómicamente, en un alarde de triste erotismo.

Salieron al pasillo lateral que, tras las cortinas de rojo desvaído de los laterales de la platea, conducía a una puertecilla. En ésta se leía un rótulo borroso: «Paso al escenario. Prohibida la entrada a toda persona ajena al local».

Ed despreció olímpicamente la frasecita, y avanzó, llevando de una mano a Vicky Blaine, tras empujar la puerta, que chirrió lastimosamente, entre notas plagiadas de una partitura de Rimsky Korsakoff, que ni el propio autor hubiera podido identificar.

A un lado, bajo los focos, quedó la matrona rubia, ya medio desvestida, más allá de los bastidores de la escena. Una escalerilla lateral, pegada a un muro desconchado por la humedad, conducía a una planta alta donde se abrían varias puertas, sin duda camerinos de artistas del Old Music. Ed dudó sólo un momento, mirando en torno. Ni los tramoyistas ni los electricistas, con expresión aburrida y resignada, les prestaron la menor atención. Tampoco lo hizo una pareja de viejos ilusionistas que aguardaban entre cajas el momento de salir a escena, para suplir a la dama rubia cuando ésta terminase su número.

—Debe estar arriba —susurró Caine entre dientes—. ¿Subimos,

Vicky?

—¿Por qué no? —sonrió ella—. Esto me divierte.

Comenzaron a subir. Los escalones eran estrechos, metálicos y resbaladizos. Estaban a medio camino cuando creyó captar arriba un grito ahogado, ronco, en alguna parte. Miró la hilera de puertas, asomadas al escenario, apresurando su carrera hacia lo alto.

De una puerta colgaba una estrella de papel plateado con un nombre: «Bella Lulú». Sin duda se trataba de la rubia exuberante, porque la puerta entreabierta mostraba un camerino iluminado, angosto y triston, completamente vacío. Más allá, otra puerta anunciaba: «Rahika, diosa hindú». Estaba a medio abrir también la puerta y totalmente vacío su interior, sin huellas de presencia alguna. Ed pensó en alguna otra artista más o menos exótica, que era baja en el programa. Finalmente, sus ojos se detuvieron en la tercera puerta, sobre el rótulo de papel dorado: «Aaron Jerome, astro del musical de Hollywood».

—Qué gran imaginación la de estas gentes —murmuró Caine, divertido—. Diosas hindúes, estrellas de

Hollywood... Y los pobres diablos arrastran su miseria por los suburbios...

Se aproximaron a la puerta de Jerome. Golpeó Caine la puerta por dos veces. No les invitó nadie a entrar. Caine enarcó las cejas al creer percibir un apagado silbido dentro de la habitación, como si alguien avisara a otra persona de algún hecho a tener en cuenta, lo más sigilosamente posible.

Caine repitió la llamada, impaciente. Esta vez ya no captó sonido alguno dentro del camerino. Probó el pomo de la puerta. Giró, sin ceder. Estaba cerrada la puerta con pestillo.

Su rostro se puso tenso. Cambió una mirada con Vicky Blaine, que le estudiaba, inquieta.

—¿Qué sucede? —indagó—. Él debe estar dentro...

—Tal vez voló el pájaro —silabeó Caine—. Lo comprobaré enseguida.

—Espere, Ed. ¿Qué va a hacer? —se alarmó ella.

Edmond Caine no dudó. Cargó contra la puerta, que crujió con aspereza sin ceder. Algunas cabezas, en el escenario, se alzaron, en busca del motivo de aquel ruido.

—Eh, usted —avisó un tramoyista—. ¿Qué está haciendo?

Caine no le hizo el menor caso. Cargó de nuevo, y esta vez la puerta se abrió, con un chasquido de madera rota y pestillo reventado. El tramoyista corrió a la escalera, para alcanzar la planta alta, con cara de pocos amigos.

Ed se quedó parado en medio del umbral, con gesto de infinito estupor. Apartó vivamente a Vicky, antes de que ella pudiera asomar

dentro del camerino.

—Dios mío....—murmuró—. Demasiado tarde...

Aaron Jerome no había escapado, como temiera. Ciertamente que había una ventana angosta, abierta a algún patio o azotea posterior del teatrillo. Pero el artista de físico idéntico a Van Dyke, continuaba allí. Ante su tocador, con la mirada fija en el espejo agrietado.

Había caído hacia delante, el rostro contra sus tarros y tubos de maquillaje, los ojos casi sallando de sus órbitas... Tenía la piel amoratada, violácea, el rostro muy hinchado, la lengua fuera, colgando como algo abultado y grotesco, entre los labios ennegrecidos.

En torno a su cuello, un surco profundo, oscuro, que se hundía en su carne hinchada y amoratada, marcaba el punto donde algo, quizá un cable o un cordón resistente, había provocado la muerte por estrangulación.

* * *

—Eh, ustedes... —masculló el tramoyista, agresivo, dándole alcance—. ¿Qué se han creído que es esto? Les va a costar caro lo que...

—Cállese y avise a la policía —cortó acremente Caine, volviéndose a él con gesto poco amistoso. ¿No ve que ese hombre está muerto?

—¡Muerto! Cielos, ¿qué le ha ocurrido al señor Jerome? —indagó, aturdido, el empleado del teatrillo, tratando de penetrar en el camerino.

—No entre. No toque nada —silabeó Ed, frenándole con firme brazo—. Ha sido un asesinato.

—Un... ¿qué? —aulló el hombre.

—Asesinato. Vea la señal del estrangulador. Usted, Vicky, quédese aquí o vaya con este hombre a avisar al teniente Lee. Yo debo ver si aún doy alcance al asesino. Juraría que estaba aún aquí dentro cuando golpee yo la puerta por primera vez...

Cruzó rápidamente la estancia, sin tocar nada. Una simple ojeada le probó que tampoco esta vez había huellas de violencia, salvo encima del tocador, donde un par de tarros aparecían rotos, y un frasco-petaca de brandy se había hecho añicos, tal vez durante el forcejeo de Aaron Jerome para evitar la estrangulación inexorable.

Asomó Caine a la ventana estrecha que se abría al fondo del camerino. Observó que una tela metálica había sido cortada y colgaba al exterior, dejando el hueco suficiente para que una persona no muy gruesa pudiera pasar.

El mismo, flexiblemente, pudo salvar el hueco, cayendo en una especie de azotea o amplia comisa saliente, que iba a terminar en un patio angosto, fácil de salvar con un salto, para ir a parar a otra azotea inmediata, en la que se erguía una antena colectiva de televisión,

algunas chimeneas y el acceso a una escalera de vecindad. Había ropa colgada en torno, el aire olía a comida barata, y un aire frío y húmedo soplaba sobre los edificios de aquella zona triste de Brooklyn, no lejos de los muelles.

Ed Caine miró en torno, buscando en vano una huella de vida, una señal de presencia humana. Algunos televisores próximos sonaban estruendosamente, impidiéndole captar algún otro sonido más sutil.

Respiró hondo. Regresó al camerino por el mismo conducto, encontrándose con otros dos tramoyistas y electricistas en el corredor, mientras más allá, en el pasillo, el primero que acudiera se ocupaba en marcar un número, hablando precipitadamente por teléfono.

Vicky Blaine estaba a su lado.

Caine encendió un cigarrillo, apoyándose en el quicio de la entrada, indolentemente. Ya sólo se podía hacer eso: esperar a que llegara la policía para hacerse cargo del caso. Y, con él, del cadáver de Aaron Jerome, el hombre que tanto se parecía a Duncan van Dyke.

Mientras exhalaba lentamente el azulado humo de su cigarrillo, unas palabras de Van Dyke acudieron a su mente de súbito:

«Desde mi celda estrangularé a mi segunda víctima... Todos sabréis quién es, apenas sea hallada. Su relación conmigo será tan evidente que no habrá lugar a la menor duda...»

Caine fijó su mirada en el sosías casi exacto de Van Dyke. Desde luego, la relación entre ambos era evidente. Nadie dejaría de asociar a uno con otro. Y Jerome había muerto como dijera Van Dyke: estrangulado.

Estrangulado por alguien que aún estaba en el camerino cuando Ed Caine y Vicky Blaine llegaron ante su puerta. Alguien que sólo tuvo unos segundos para huir... y lo hizo sin dejar rastro del camino seguido...

Mecánicamente, Caine miró su reloj de pulsera. Eran las once menos seis minutos, exactamente.

A las once menos veinte debió terminar su número Aaron Jerome. A las once menos cuarto, estaba siendo asesinado dentro de su camerino. A las once menos diez, su asesino había huido y Caine descubría el cadáver...

* * *

—¿Las once menos cuarto? —el forense afirmó despacio—. Sí, es evidente que sí. Yo hubiera fijado su muerte entre diez y once. Hay numerosos testigos de que la víctima trabajó en escena hasta las diez y media dadas. Usted puntualiza que fue hasta las diez cuarenta y cinco, señor Caine. De modo que eso limita el tiempo entre esa hora y las once. A las once menos diez, usted había hallado ya el cadáver, recién

cometido el estrangulamiento. No hay la menor duda sobre la exactitud de los datos.

—De modo que testigo y médico legal están de acuerdo —refunfuñó Lee.

—Totalmente —suspiró el médico—. Tampoco hay dudas sobre las causas de la muerte. Asfixia por estrangulación. La autopsia dirá si hubo algo más, pero creo que no.

—Ya. ¿Y el objeto con que fue estrangulado?

—Trataremos de determinarlo, pero dado su grosor, me inclinaría por un grueso cable sin nudos, o un cordón muy fuerte enroscado a la garganta. Fue un dogal el que presionó el cuello de la víctima en sentido circular. No utilizaron las manos, salvo para tirar de ese instrumento estrangulador, imagino. Por las señales será quizá más amplio el informe de la autopsia, así como por las posibles fracturas y lesiones internas sufridas durante el estrangulamiento, pero por ahora eso es todo.

—Muy bien —resopló el teniente de Homicidios. Paseó por el despacho, furioso—. Tenemos un segundo crimen que nadie dudará en atribuir a Van Dyke. Teníamos un «doble» que podía justificar un procedimiento audaz e ingenioso de estar en dos sitios a la vez... y todo se destruye por sí mismo.

—Como si fuera intencionado —sonrió Caine, asintiendo.

—¿Intencionado, dice? —rezongó el policía.

—Es evidente, amigo mío —suspiró Caine—. Van Dyke nos puso un hermoso señuelo para que nos hiciéramos ilusiones. Luego, de un solo golpe, destrozó la imagen que pretendíamos hacernos y lo dejó todo como estaba, o aún más oscuro. En el fondo, parece haberse burlado de nosotros con un gambito espectacular.

—¡Van Dyke no pudo hacer nada! —se enfureció Damon Lee, congestionado su rostro—. ¡Acabo de hablar con la prisión y no ha salido para nada de su celda, ni existe medio humano de que abandone el establecimiento penal!

—Eso no parece ser problema para él, ¿no, teniente?

—Caine, estamos dejándonos llevar por un absurdo que lo deforma todo. Damos por sentado, con increíble frivolidad, que un hombre encarcelado puede matar desde su celda, tranquilamente, sin moverse siquiera de ésta.

—¿Y no es así?

—¡No! ¡No puede ser así! Los hombres que montan guardia en su galería han sido minuciosamente escogidos. No hay ni la más remota posibilidad de que ese hombre salga ni un solo minuto al exterior o se comunique con alguien que actúe en su nombre. Entre diez y once, nuestro recluso Duncan van Dyke, dormía en una celda donde le acompañan ahora dos agentes, uno federal y otro de mi departamento,

fingiéndose reclusos. Todas las precauciones están tomadas. No nos enfrentamos a un ser sobrenatural. De modo que... Van Dyke no pudo estar nunca en ese teatrillo de Brooklyn, desde que fue detenido la otra noche.

—Pero Aaron Jerome ha sido estrangulado —señaló Caine fríamente.

—Exacto —suspiró el policía—. Sólo hay una explicación que aclare eso con pura lógica.

—¿Cuál, teniente?

—La única. La de siempre: un cómplice fuera de la prisión... El asesino, el ejecutor directo de los designios de ese hombre...

CAPITULO V

—¡UN cómplice! —soltó una seca, agria, carcajada. Meneó la cabeza de un lado a otro, enfáticamente y como divertido—. No, no, amigo mío. Se lo dije. Y se lo repito. Le doy mi palabra. Sería una solución ridículamente vulgar y torpe. Un cómplice siempre acaba por caer en manos de la ley. No pueden creerme tan mediocre, tan poco imaginativo...

—Yo, personalmente, no lo creo —habló lentamente Caine—. Sé que, en buena lógica, no debo pensar así, pero no puedo evitarlo. Yo *sí* creo que no existe cómplice. Llegué a creer en la existencia de un «doble», e incluso lo busqué. Luego... la profesora me trajo una respuesta esperanzadora a mis teorías. Pero todo se derrumbó anoche. Usted..., usted sabía que las cosas iban a suceder así, ¿no es cierto, Van Dyke? Usted esperaba que yo hiciera lo que hice, que la profesora viese a Jerome... Usted se limitaba, sencillamente, a ver venir los acontecimientos por su propio orden lógico, como si lo hubiera previsto todo.

—Es que lo he previsto todo, Caine —sonrió Van Dyke, risueño—. Usted me comprende mejor que nadie. Quizá por eso le tengo simpatía. Es el único periodista que me resulta simpático.

—Van Dyke, usted no puede ser la persona que pretende —intervino el segundo visitante, con énfasis—. Un hombre no puede planear tan cruel, tan despiadadamente, una serie de muertes violentas, a sangre fría... y encima jactarse de ellas.

—Mi querida profesora Blaine... —el preso tuvo una sonrisa para Vicky, sentada con Caine en el locutorio, frente al hombre encarcelado—. Agradezco su buena fe, pero las cosas no siempre son como una mujer de su condición imagina... Me acusa de crueldad, de falta de piedad y de jactarme además de todo ello. Ni un solo momento se para a pensar en el daño que también he sufrido yo, en los años de espera, de paciente calma que he debido soportar hasta este presente en que mi revancha es posible...

—¿Revancha? ¿De qué y de quién, Van Dyke? —replicó ella amargamente.

—Caine, eso puede que le guste a usted oírlo —sonrió Van Dyke, irónico—. Estoy convencido de que usted y sus amigos los policías, se

preguntan desesperadamente por qué he llegado yo a esto. Vea si soy sincero y obro abiertamente: le voy a revelar mi motivo. Una parte del enigma quedará aclarado. Será como una mala novela policíaca, antes de cuya mitad, ya sabe el lector quién es el asesino y por qué lo hizo. Supongo que eso va contra los cánones de la intriga y el suspense, ¿no es cierto, Caine?

—Muy cierto —Ed entornó sus ojos, fríos y pensativos—. ¿De verdad va a exponerme sus motivos? ¿No se trata de otra falsa maniobra para deslumbrarme y hacerme tomar un camino equivocado?

—Le juro que no es así. Del mismo modo que le prometo no tener un solo ser humano que me ayude fuera de esta prisión, le doy mi palabra igualmente sobre ese punto: voy a revelarle la razón de mis crímenes. Sólo mantendré ocultos unos leves detalles; los precisos para impedir que ustedes llegaran a poner a salvo a mis futuras víctimas.

—Parece una charla de locos —jadeó Caine—. Hablamos con toda normalidad de algo que es físicamente imposible, como ocurre con su supuesta acción criminal mientras está cautivo. Pero daré eso por aceptado, y discutiremos como si usted saliera tranquilamente cada día a la calle, cometiera su crimen y regresara aquí, sin que nadie le viera salir ni entrar en la celda.

—Creo que es una medida inteligente. Dando por posible lo imposible, podemos discutir el resto de las cuestiones. El móvil, por ejemplo. La razón que tengo para desear la muerte de todas esas personas...

—¿De cuántas, Van Dyke? —preguntó, rápido, Ed.

—Exactamente... de cinco.

—¡Cinco! —se horrorizó la profesora Blaine—. Faltan aún tres...

—Cuatro —rectificó suavemente el preso—. Jerome no cuenta. Murió por otras razones. Mis víctimas restantes viven aún. Pero será por poco tiempo. Muy poco. Y nadie podrá evitarlo.

—Supongo que será inútil preguntarle sus nombres...

—Inútil, Caine —rió entre dientes Van Dyke—. Del mismo modo que sería inútil que me preguntase dónde y cómo pienso acabar con ellos. Le anticiparé algo, para que se lo refiera a sus lectores, a la policía y a quien quiera: seguiré matando de diferentes modos. La vulgaridad del crimen estriba en la falta de imaginación y fantasía de sus autores. No quisiera caer en ello.

—Van Dyke, habla como un loco... o como un monstruo —se estremeció Vicky.

—Posiblemente tenga algo de ambas cosas, profesora. Caine me comprende, ¿verdad?

—Trato de comprenderle. Pero el crimen no es un juego, ni un deporte...

—Puede ser un juego apasionante y grandioso. Las piezas son de carne y hueso, los jaques y los mates significan el peligro y la muerte...

—¿Ha pensado en la posibilidad de que también usted pueda perder esa partida, pese a sus victorias parciales?

—Por supuesto —sonrió, sardónico—. Pero intentaré que no suceda así. Caine, tras toda la sangre que estoy vertiendo, hay un motivo tierno y patético que humaniza mi aparente crueldad: mato por una mujer.

—Una mujer... No es nada nuevo ni original, Van Dyke. *Cherchez la femme*, dicen los franceses cuando buscan el motivo del delito. Y rara vez se equivocan.

—En mi caso, nadie tiene que buscar nada. Yo mismo lo revelo. Doy ventaja a mis enemigos y aun así sé que les venceré. Hay una mujer, Caine. Pero ella ya no existe. No pueden buscarla, porque los fantasmas no se encuentran jamás.

—¿Mata por amor?

—Por amor a ella. Por odio a los demás. Es mi venganza. Mi ajuste de cuentas. Dicho así, resulta vulgar. Yo sé que no lo es. Ella descansará mejor ahora, cuando sepa que ellos pagaron...

—Los muertos siempre descansan igual, Van Dyke. Somos nosotros, los vivos, quienes nos atormentamos con ideas como ésa...

—Yo sé que es así. Déjeme que lo crea, por lo menos. Me hace bien ir borrando nombres de esa lista negra. Uno tras otro, hasta el fin.

—Esas cinco personas..., ¿fueron responsables de algún mal para esa mujer desconocida? —quiso saber Edmond.

—Lo fueron de su muerte. ¿Le parece poco?

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—No le voy a dar fechas. Sucedió y es lo que cuenta. Ellos no temían ya nada. Quizá ni ahora lo teman. No sé si relacionarán la muerte de Winters con ellos...

—Yo puedo conseguir que lo relacionen y se pongan en guardia —avisó Caine fríamente—. Y en conciencia, debo hacerlo y lo haré. Son cuatro vidas las que están en juego, sean como sean sus dueños.

—Hágalo —sonrió Van Dyke—. Le autorizo a ello sin reservas. ¿Cree que, de otro modo, iba a contarle todo esto leal y abiertamente?

—Me asombra su modo de jugar a cartas descubiertas. Y me preocupa. ¿Es que no teme que ellos se pongan sobre aviso y...?

—No. No lo temo. Ellos no podrán evitarlo, hagan lo que hagan. Tiene su gran ocasión de investigar, de buscar nombres, hechos, fechas... Llegará al fondo de la cuestión. Pero no le servirá de nada. Conoce al culpable. Nunca pretendí ocultarme. Conoce los motivos. Y todo ello es insuficiente para detener mi mano ejecutora...

Se había incorporado, solemne e implacable. Caine le contempló, admirado. Un leve destello de terror asomó a los ojos del joven

reportero. Aquel hombre le impresionaba. Como dijera la profesora Blaine, podía ser un loco o un monstruo..., pero estaba seguro de lo que decía. Daba toda clase de ventajas con una seguridad tal, que causaba horror.

—Lo malo de todo esto, Van Dyke, es que usted tiene razón —masculló Ed, irritado—. Sé que usted comete esos crímenes. Sé ahora por qué los comete... y, sin embargo, me veo impotente para evitar lo irremediable...

Los ojos de Van Dyke tuvieron un brillo profundo, inteligente y animoso.

—Sí, Caine. Usted es la única persona que sería capaz de llegar al fondo del problema. Pero no puede y lo sabe. Es el único que me comprende y me cree. Quizá por eso me complace tanto hablar con usted, exponerle todo esto... En realidad, es mi mayor enemigo ante el tablero, cuando muevo mis piezas.

—Lo peor es que me domina y lo sabe. Pero cuidado, Van Dyke. Cuidado con cometer un error, por leve que sea... Podría derrumbarse su línea defensiva y provocar su jaque mate...

—Eso... también lo sé —el preso rió fríamente—. Es el riesgo que corro. Pero ¿qué juego no tiene sus riesgos, amigo mío...?

* * *

—Increíble... —Damon Lee, teniente de la División de Homicidios, veterano en mil lides erizadas de dificultades, en aquella jungla despiadada de asfalto y cemento, de vidrio y metal, que era Manhattan, corazón urbano de la gran Nueva York, se enjugó de un manotazo el sudor que empapaba su rostro, y sólo después de ese gesto instintivo e irritado, recordó que existía un pañuelo como prenda más adecuada a tal fin. Lo utilizó, nervioso, para añadir con voz brusca—: Increíble. Esa es la palabra. Todo esto es inconcebible, Caine. Existe un límite, una frontera para lo que puede suceder y lo que no puede suceder. Dígame exactamente dónde estamos, amigo mío.

—Si yo lo supiera —respiró hondo Edmond, sacudiendo la cabeza—. Me muevo totalmente a oscuras, como usted. Creí tener un cabo, una idea. Y se me diluyó en la nada.

—¿El doble, el hombre capaz de suplantar a Van Dyke?

—Exactamente.

—Yo sigo aferrado a mi propia idea: el cómplice. ¡Tiene que haberlo! Sólo así se explica todo, Caine.

—Por supuesto. Pero, como dice el propio Van Dyke, sería indigno de su imaginación, de su ingenio, de su propio desafío...

—¿Desafío? —arrugó el ceño Lee.

—Claro, teniente. Está bien probado. Van Dyke pudo haber cometido los mismos hechos sin darles la menor publicidad, sin hacer otra cosa que procurarse una sólida coartada, cosa que no parece nada difícil para él. ¿Qué hace en vez de eso? Acudir a la policía, denunciar algo que aún no ha sucedido, declararse culpable... Su osadía llega al extremo de provocar su propio arresto y su condena. ¿Sólo por la coartada en sí? No. Siempre busca el desafío, el alarde. Es el hombre mitad artista rebelde, mitad jugador de ajedrez. Si no hay riesgo, no hay complacencia en la propia obra. Si no hay temeridad y peligro, todo carece de importancia y se pierde en la vulgaridad.

—¿Adónde va a parar?

—A esto: él no duda en ofrecernos la solución del *puzzle*, incluso antes de que empiece para nosotros la charada o el rompecabezas oportuno. No hay misterio aquí. Él es culpable. Lo acepta. Y más aún: cuando ve que dudamos de su responsabilidad, nos da el motivo: una mujer a quien amó, muerta por culpa de cinco personas que deben, morir, en justa revancha según él. Casi un melodrama, teniente. Pero con un factor nuevo y desconcertante: la tácita confesión de un asesino que no puede ser un asesino. Procesarle, sería enviar al ridículo más espantoso a juez, fiscal y jurados. Cuenta, nada menos, con los mejores y más prestigiosos testigos del mundo: policías, agentes federales, celadores, guardianes... Nos arroja el dorado cebo que suponía Aaron Jerome para, inmediatamente, destruir la carnada en nuestras propias fauces. Luego nos expone fríamente sus motivos, el móvil de un crimen del que, prácticamente, sabemos todo o casi todo lo que constituye la clave de cualquier delito normal: culpable y motivo. Pero ¿qué hemos ganado con ello? Absolutamente nada. Sigue burlándose de nosotros. Tenemos que esperar a que otra persona muera para saber que el maldito juego sigue. Y que la mente diabólica de un astuto jugador de ajedrez, demasiado listo para la policía y demasiado audaz para todos, continúe venciéndonos en todo terreno, que es tanto como diezmannos el tablero, dejándonos con todas las piezas abatidas, y nuestro rey a punto, del jaque mate.

—Habla de otro crimen... —jadeó Damon Lee, entornando sus ojos malignamente—. Caine, ¿cómo sabremos que un posible asesinato futuro sea obra de él y no una simple atribución personal para enfurecemos y empavonarse él?

—Recuerde lo de Jerome: no había duda sobre su responsabilidad. Murió estrangulado, como él dijera. Y su propia personalidad hacía indudable su relación con Van Dyke.

—Conforme. Eso fue en el caso de Jerome. Admito que es como si un fantasma hubiera llegado al camerino, hubiese asfixiado a ese desdichado individuo con un dogal de muerte en torno al cuello y se hubiera eclipsado luego por las azoteas, sin dejar el mejor rastro. Pero

en cuanto a ese hipotético tercer crimen, segundo nombre de su presunta «lista negra»..., ¿dónde se producirá y en qué forma? ¿Cómo sabremos que él tuvo algo que ver en el hecho?

—Curiosa pregunta. Esta vez, no ha querido decir nada al respecto. Sencillamente, esperemos, teniente. No podemos hacer otra cosa, por terrible que resulte. Sólo esperar...

—Pero esperar... ¿qué? ¿Cuándo sabremos que esa maldita espera ha terminado?

—Es lo mismo que yo me estaba preguntando. Evidentemente, esta vez Van Dyke no ha querido correr riesgos... o piensa, realmente, que nosotros nos daremos cuenta inmediatamente de que estamos ante otro crimen suyo.

—¿Por qué lo sabremos, Caine?

—Exacto. ¿Por qué, teniente? Tal vez cuando alguien muera violentamente... tengamos esa respuesta...

* * *

El prolongado grito de terror de la mujer fue como si desgarraran el silencio, de una cuchillada brusca y brutal.

Luego, no hubo sino repeticiones del agudo alarido de angustia que provocara la escena en ella. Los pies descalzos corrieron sobre las baldosas, se precipitaron fuera de la estancia, y una mano mojada cayó sobre el teléfono color naranja brillante, mientras unos brazos de mujer pugnaban por envolver en el blando y confortable manto de una toalla verde luminosa, las formas de su cuerpo bronceado, de generosas curvas.

—Con... con la policía, por favor... —pidió a la voz monocorde de la centralilla del edificio—. Pronto, es muy urgente... La policía... un hospital, una ambulancia, médicos, lo que sea...

—Señorita, ¿qué es lo que sucede? —el tono impersonal y sin matices del telefonista reveló cierto interés y sobresalto—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No, no. Temo que no... —musitó ella, respirando hondo, con su agitado seno palpitando violentamente bajo la toalla—. Por Dios, haga lo que le digo, no pierda un momento. Temo... temo que se haya producido un accidente mortal... No se demore más, avise al hospital y a la policía, pronto...

—Sí, sí, enseguida —se apresuró a afirmar el telefonista—, Entretanto, el detective del edificio subirá a tratar de ayudarla en lo que sea posible, señorita, mientras llega la policía y el servicio médico...

—Mucho me temo que nadie pueda ayudarme. Ni tampoco a mi tío Larry... Está muerto, en la piscina, con el rostro horriblemente desfigurado... —murmuró, rompiendo en sollozos histéricos, Janis van

Dyke, sobrina de Duncan van Dyke.

CAPITULO VI

—EVIDENTEMENTE... es el tercer asesinato. El segundo de la «lista negra»...

Dyan Foster se volvió hacia Ed Caine, dejando de confortar a la abatida Janis. Ambos colegas cruzaron una mirada, en tanto los fotógrafos y expertos de la policía rodeaban la piscina privada, de un lado para otro, bajo la dirección del ceñudo teniente Lee, mientras el cuerpo sin vida de Larry van Dyke, primo de Duncan, era extraído del agua con una pértiga y depositado en la camilla que la ambulancia conduciría a la Morgue, único lugar donde podía ser conducido ya aquel desdichado.

—¿Está seguro, Ed? —indagó ella.

—Segurísimo. Era primo de Van Dyke. Eso explica por qué él no tuvo que decir nada respecto a su nueva víctima. Apenas la viéramos, sabríamos a quién atribuir su fin.

—Su propio primo... Uno de sus escasos parientes en el mundo..."— Dyan movió su pelirroja cabeza con aire reflexivo—. Ed, ¿podemos asegurar que sea un asesinato?

—Aún no. Pero el forense, ha sido concreto. El agua de esa piscina huele extrañamente. La punta de un dedo del doctor, al contacto con ella, sufrió un raro cosquilleo y enrojeció de modo intenso. Cree que se disolvió en el agua un veneno epidérmico muy activo. Algo que, al contacto con la piel, penetra por los poros y se transmite rápidamente a la sangre y a los nervios, provocando una parálisis cerebral casi inmediata...

—Veneno disuelto en agua, dentro de una piscina... —Dyan pestañeó vivamente—. Es terrible.

—Y sencillo, a pesar de su aparente sofisticación. El veneno, posiblemente, se diluye si permanece largo tiempo en contacto con el agua y la atmósfera. Lo cual quiere decir que no hace mucho tiempo que ha sido aplicado a la piscina, o no hubiera surtido efecto sobre el bañista.

—Pude haber sido yo... —gimió Janis, entre sollozos—. Pude haber sido yo...

—¿Usted? —Caine se acercó, pensativo, a la muchacha morena, de busto prominente, que había cambiado la toalla precaria por una corta

bata de tejido escarlata. Con ella dejaba desnudas sus piernas hasta muy arriba del muslo. Y, ciertamente, tampoco el cinturón anudaba con la suficiente fuerza para impedir que los senos rebosaran generosamente de su encierro—. ¿Por qué usted, señorita Van Dyke?

—Esa piscina interior, en la terraza encristalada... no es precisamente mi medio favorito de tomar un baño, pero tío Larry estaba algo resfriado últimamente y dudó entre elegir la ducha o la pileta. A última hora optó por la última y yo entré en la ducha. De eso dependió todo. Ahora... ahora podría ser yo la víctima... y tío Larry quien estuviera a salvo de todo...

—Pero su tío Duncan sabe que usted prefiere la ducha a la piscina privada, ¿no es cierto? —quiso saber Caine, pensativo.

—Sí, por supuesto... —le miró, angustiada—. ¿Cómo pudo venir hasta aquí y echar el veneno en el depósito del agua o en la piscina, señor Caine?

—No lo sé. Probablemente sabremos muy pronto que no se ha movido para nada de su celda, rodeado de reclusos y de celadores.

—Pero... ¡pero eso es imposible! Nadie hubiera matado a tío Larry por ninguna razón... Todos sabemos que tuvo que ser él. Se ha debido volver rematadamente loco...

Caine miró pensativo a la llorosa muchacha y no hizo ningún comentario, limitándose a encogerse de hombros y reunirse con el teniente Lee y el médico forense.

—Parece que la pileta era el sitio predilecto de Larry van Dyke, incluso estando resfriado —dijo Ed—. Y Duncan lo sabía.

—Maldito Duncan... Parece saberlo todo —Lee le miró con disgusto—. Hasta que no analicemos el agua de la piscina no sabremos qué clase de veneno se utilizó, pero según el doctor, el estado del cadáver, su hinchazón y coloración, acusan la presencia de un producto tóxico, disuelto en el agua, y mortífero al contacto con la epidermis.

—¿Cómo pudo ser disuelto en la piscina, doctor? —se interesó Caine.

—Directamente en el agua. Es una combinación química que pierde toxicidad rápidamente, al simple contacto con el aire, y durante su permanencia en el agua. Digamos que, como máximo, sólo pudo ser derramado en el agua cosa de quince a veinte minutos antes de iniciar la víctima su inmersión. De otro modo, la parálisis hubiera resultado mucho más lenta y le hubiera dado tiempo a pedir socorro, salir de la piscina o cualquier otra cosa. Sin embargo, me consta que su muerte fue instantánea, por paralización de los centros nerviosos cerebrales e inmediata asfixia en el agua, aunque de no producirse esto, el envenenamiento hubiese bastado para dejarle sin vida.

—Y la hora de la muerte será...

—Entre diez y once de la mañana. Lo sabemos por la señorita Van

Dyke, pero también por el previo examen del cadáver...

—Así que entre nueve y media y diez, de esta misma mañana, Van Dyke vino aquí y envenenó el depósito del agua... —el teniente sacudió la cabeza, exasperado—. Dios mío, es demasiado... A pleno día, mientras él sigue en prisión...

Ed Caine no comentó nada. Acompañado por el doctor, se aproximó al inmediato tanque metálico donde el agua de la piscina se almacenaba. Miraron a su interior. El contenido aparecía limpio y transparente, y un recipiente de purificación y desinfección de aguas emitía un producto químico para limpiar de posibles impurezas aquel agua. El médico examinó el recipiente y mostró su gesto satisfactorio.

—Todo funciona normalmente —dijo—. Ahí dentro no hay más que un producto químico purificador y desinfectante. Vea: el contacto con mis dedos no produce molestia alguna. Pruebe usted también.

—¿Supone que fue lanzado aquí el tóxico?

—Aquí o en la propia piscina. Ya le dije que se volatiliza fácilmente y se extiende con rapidez. Sería imposible definir dónde fue lanzado inicialmente. Pero, eso sí: tuvo que ser pocos minutos antes del baño de Larry van Dyke, o no hubiera surtido sus mortales efectos.

—Y no existe medio de dejarlo aquí anticipadamente...

—Como usted ve, ese depósito está perfectamente limpio de todo posible recipiente o envoltura que pudiera abrirse en determinado momento, lo mismo que el agua de la pileta. Eso nos demuestra que el líquido se lanzó directamente al agua, con el tiempo preciso para surtir su efecto letal. Eso es todo, amigo mío, si es que les sirve de algo.

—De muy poco, diría yo —fue el comentario áspero de Ed Caine—. Duncan van Dyke se ha apuntado otro tanto, es evidente. Pero sus posibilidades se van mermando.

—¿Usted cree? —dudó el forense, con claro escepticismo tras la triple experiencia vivida con las víctimas de Van Dyke.

—Estoy seguro de ello —afirmó Ed—. Ahora ya sabemos que dos de las personas culpables de la muerte de una mujer a quien amó lo suficiente como para planear una venganza terrorífica e implacable... eran Gary Winters y su propio primo Larry. Tal vez por ellos sepamos pronto quiénes son los otros tres personajes sentenciados a morir...

* * *

—Estoy seguro. Nos toca a nosotros ahora.

Tras su afirmación, el hombre de cabellos rubios, salpicados de canas, descargó un seco golpe con su mano derecha sobre el negro vidrio de su mesa de despacho.

—¿A nosotros? Eso es un puro disparate, Bugsy.

—Yo no diría eso, Woody. Cuando ocurrió lo de Winters, llegué a pensar en ello, pero lo deseché rápidamente, como una solemne tontería. Luego, al hablar Van Dyke públicamente, tuve miedo. Y ahora, el trágico fin de Larry, me convence más y más de que estaba en lo cierto.

—Opino como Woody —terció fríamente Sheree, su esposa, paseando por la estancia con el cigarrillo de larga boquilla dorada entre sus dedos—. No hay razón para preocuparse. Creo que Duncan ha perdido la cabeza, eso es todo.

—Pareces olvidar, Sheree, que hay algo más que eso. Duncan está en prisión. Pero sus víctimas siguen cayendo. Primero ha sido Winters, luego ese imbécil de Aaron Jerome, que siempre disfrutó imitándole... Y ahora, Larry. El primero y el tercero tenían una relación que todos sabemos cuál fue. Esa relación nos afecta a nosotros. Bueno, quiero decir a tu esposo y a mí. Y a una tercera persona que se ha negado a venir a esta reunión.

—Lo sé. —Sheree Nichols se detuvo en sus paseos, giró la cabeza y contempló con gesto hermético a Bugsy Valentine—. Woody no tiene secretos para mí. Me refirió toda la historia.

—Ya. ¿Y... qué piensas de todo ello?

—No quiero opinar —se encogió de hombros, impasible—. Entonces erais todos más jóvenes y más alocados. Imagino que estabais borrachos o cosa parecida. Quizá drogados, no sé. Esas cosas no se acostumbran a hacer en un estado normal. Lo cierto es que ocurrió, y que formasteis vuestro pacto de silencio después de morir ella... Eso estaba ya olvidado. Y, de repente, empezáis a poneros nerviosos porque Duncan se desequilibra y empieza a decir tonterías.

—No todo son palabras, Sheree —gimió Bugsy Valentine—. Están los crímenes...

—Tonterías. Nadie puede salir de la cárcel y volver a ella, para ir matando a quien desea. Duncan ha logrado suggestionaros a todos y se ha aprovechado de una serie de acontecimientos, de coincidencias fantásticas, para reforzar su melodrama. ¿Cómo esperas que vuelva a salir de la cárcel ahora, para mataros a ti, a mi esposo o a... a esa tercera persona?

—Cielos, Sheree, no hables así —se quejó Bugsy, preocupado—. Tengo miedo, la verdad.

—¿Miedo a un recluso obligado a permanecer entre cuatro paredes? ¿Miedo a un escultor chiflado y un jugador de ajedrez resentido y paranoico? Bugsy, te imaginaba más inteligente, mucho más sensato que todo eso...

—Me gustaría tener tu serenidad. A fin de cuentas, eres ajena, a esto. Sólo eres la esposa de Woody, y nada más.

—Y si tuvieras tú razón, sería pronto la viuda de Woody —rió con acritud ella, moviendo desdeñosamente la cabeza. Luego, puso su mano en el brazo de Woody Nichols—. Querido, no hagas demasiado caso a los temores y angustias de Bugsy. Es capaz de obligarte a ir por el mundo armado de pistola y con un chaleco a prueba de balas...

—Sheree, lo malo de todo esto es que ni siquiera sabe uno cómo va a morir —se lamentó Bugsy Valentine—. Winters lo hizo acuchillado, Jerome estrangulado... y Larry envenenado en el agua de su pileta. ¿Cuál será la «delicia» nueva que la fértil imaginación de Duncan haya preparado para ti o para mí, Woody?

—O para Alvin, nuestro tercer hombre, amigo mío —suspiró sombríamente Woody Nichols, que pese al optimismo de su esposa se mostró repentinamente preocupado e inquieto.

* * *

Alvin Mookridge levantó en sus dedos la formidable pistola «Magnum», de pesado calibre, capaz de tumbar a un búfalo a cierta distancia. La probó, apuntando hacia una de las vidrieras de su suntuoso y amplio pabellón de caza.

Desde los muros, cabezas de ciervos, animales africanos y toda clase de trofeos, parecían contemplarse esperando la formidable detonación de la poderosa arma, como antes percibieran otro estampido, al terminar sus vidas. Entre los trofeos, las panoplias exhibían un auténtico arsenal de las armas más potentes para caza mayor, desde rifles de mira telescópica, hasta revólveres y pistolas de todo tipo.

Una de las pasiones de Alvin Mookridge era la caza. Siempre había sido así. La otra pasión eran las armas de fuego. Y aún le quedaba otro *hobby* coleccionista: las mujeres. También le gustaba reunirías de los más variados tipos, en una especie de harén siempre cambiante.

En esta ocasión había olvidado dos de sus pasiones: la caza y las damas. Se centraba totalmente en las armas. En un arma, especialmente: la que pudiera defender su vida contra un peligro que empezaba a adivinar cierto, tangible, espectral pero cercano, en algún lugar no lejos de él...

Duncan van Dyke.

—¡Duncan...! —masculló entre dientes, bajando el arma de interminable cañón—. El viejo Duncan ahora... ¿Quién podía imaginarlo? Debí suponerlo cuando Winters... apareció en Battery Park. Ahora... con lo de Larry... creo que resulta todo obvio. No necesitaba esa llamada asustada de Bugsy... Lo estaba sospechando ya. Lo presentía...

Sus ojos se fijaron en la primera plana de la revista de sucesos *Event*,

en su edición extra de aquel día... Junto a la fotografía de un joven de acerados ojos astutos y aspecto de deportista, de nombre Edmond Caine, reportero de sucesos, un titular en color rojo advertía a ciertos posibles lectores interesados:

«¡Cuidado! Usted puede estar marcado por el signo de la muerte.

»Duncan van Dyke, el recluso que afirma matar a distancia, sin moverse de su celda, ha sentenciado a cinco personas... Y dos de ellas han sido ya asesinadas. ¿Es usted la tercera...?»

Alvin Mookridge frunció el ceño. Sus ojos centellearon en el rostro duro, enjuto, anguloso y hosco.

—Sí... —masculló—. Tal vez acertéis, maldita sea... Tal vez sea yo la tercera víctima de ese loco... ¡Y todo por algo que sucedió hace ya tantos años...! Como si no hubiera sido suficiente con nuestro arrepentimiento, con nuestros años de remordimientos y angustia, de sueños en los que Rachel siempre aparecía ensangrentada, con su cuerpo envuelto en llamas, entre aquellas malditas ruinas...

Cerró los ojos. Respiró hondo, mientras su frente se cubría de gotas de sudor. Dejó con un golpe seco su potente «Magnum» sobre la mesa cercana y tomó un cigarro habano, que encendió con inseguridad. Le temblaba la mano. Y eso no era frecuente en él.

Mentalmente, evocó cosas lejanas. Recordó a Rachel. Y todo lo demás...

Parecía tan distante ahora. Tan borroso como si nunca hubiera sucedido. El, ya casi lo había olvidado. Pero había alguien que no olvidaba. Que no quería ni podía olvidar...

Alguien dispuesto a ajustar cuentas ahora. Precisamente ahora, después de tantos años. Era muy propio de hombres como Duncan. Un jugador de ajedrez nunca tiene prisa. Un artista siempre medita serenamente su obra. En él se mezclaba algo de todo eso: el ajedrez y el arte. La creación y el cálculo, el cerebro y el corazón...

Era una mezcla peligrosa. Muy peligrosa. Sensibilidad y odio, amor y venganza. Viejo como el mundo. Estúpido y ciego. Pero temible. Especialmente, en un hombre como Duncan...

Dudó un momento. No sabía qué hacer. Se preguntó qué estarían haciendo ahora sus dos mejores amigos. Los únicos que quedaban con vida, una vez muertos Winters y Larry. Sus ojos fueron directamente al objeto que le atraía, fascinándole como la música a la serpiente.

El teléfono.

Volvió a leer de pasada aquellas frases estridentes del *Event*: «Usted puede estar marcado por el signo de la muerte...» «Dos personas han sido ya asesinadas... ¿Es usted la tercera?»

—Sí —murmuró roncamente—. Quizá... Quizá sea yo la tercera, maldito sea Van Dyke. No se saldrá con la suya. Aunque termine conmigo... ¡no va a salirse con la suya hasta el fin! Alguno de nosotros cinco debe sobrevivir. No sería justó que todos... pagaran por aquello, después de tantos años... O... ¿o tal vez sí?

La duda era agobiante. Torturaba su espíritu. Vaciló de nuevo. Luego, finalmente, se puso en pie. Caminó hacia el teléfono de su pabellón de caza. Frente a las panoplias de bellos ejemplares de armas de fuego, de cabezas de animales disecados, recuerdos todos de sus *safaris* por el oeste del país o por las selvas africanas o australes...

Estaba decidido. Le bastaría buscar en la guía telefónica. Y buscó.

Buscó febrilmente, volviendo las páginas del volumen casi febrilmente. Encontró lo que buscaba. Su dedo señaló el nombre adecuado:

Departamento Central de Policía de Nueva York.

División de Homicidios.

El número estaba allí. Sobre la yema de su dedo. Alzó el auricular, descolgándolo de la horquilla. Empezó a marcar el número.

Percibió el leve chasquido, en alguna parte del pabellón de caza. Como si alguien estuviera allí dentro. O hubiera entrado subrepticamente, un momento atrás. Como si hubieran rozado un muro, una panoplia, un trofeo...

Sus ojos sobresaltados buscaron, indagaron en la penumbra de luces indirectas, en las vidrieras que fingían sombras móviles al otro lado... Terminó de marcar el número, tras una vacilación.

En alguna parte sonó un teléfono, llamando.

Alvin Mookridge tembló al captar de nuevo el extraño chasquido. Alzó la cabeza. Apretó el teléfono contra su mejilla y oreja, en tensión.

¿Estaba realmente solo en el pabellón de caza?

Nunca pudo revelarlo a nadie. El segundo chasquido fue como el aviso de la muerte. Algo se movió sutil, débilmente, en las penumbras del recinto. Un arma, de repente, rugió con potencia. Restalló la detonación al brillar la llamarada.

Alvin Mookridge chilló agudamente, con el horror de quien se ve ante la muerte, inesperadamente. Pero el suyo fue el grito de agonía de un hombre que estaba muriendo, con un balazo en la cabeza.

El lado derecho de su rostro, informe y astillado por el impacto de bala, pareció deshacerse, gotear sangre abundante, mientras el teléfono caía de su mano y allá, al otro extremo del hilo, una voz preguntaba:

—¿Quién llama? Departamento Central de Policía... Oiga, ¿quién

está ahí...?

Alvin Mookridge cayó de bruces en una de las pieles de leopardo que alfombraban su pabellón de caza. Allá, frente a él, en la penumbra, un arma rebotó en el suelo, humeante, al desprenderse del punto donde disparara. Ya no había ninguna mano asesina empuñándola. No hacía falta tampoco.

Mookridge estaba muerto. Muerto de un disparo de una «Walther/PPK,» calibre 40, certeramente dirigida a su cráneo...

Una puerta vidriera se movió. Acaso movida por un soplo de aire. O acaso no...

El teléfono, colgando desde la mesa, en movimiento pendular, dejaba llegar la lejana voz insistente e inútil:

—¡Escuche! ¡Escuche! ¿Qué sucede ahí? Departamento Central de Policía... Responda, por favor...

* * *

Era una suntuosa residencia en la Quinta Avenida.

Ed Caine detuvo el coche junto al bordillo. Un agente le señaló el badén de acceso a la amplia verja, con un saludo cortés.

—Puede entrar, señor —dijo—. Son órdenes del teniente Lee. Sólo usted, señor Caine.

—Muy amable, agente —sonrió el periodista, aunque su rostro era duro y sombrío cuando hizo virar el automóvil y lo introdujo hacia los jardines que rodeaban la lujosa mansión del solterón Alvin Mookridge, millonario y excéntrico, en pleno corazón del más aristocrático sector de Manhattan.

Pudo aparcarse junto a algunos coches-patrulla del Departamento de Homicidios, y penetró en el edificio con Dyan, tras hacerse identificar por dos agentes de paisano. Damon Lee estaba en la puerta vidriera del pabellón de caza, mientras sus expertos buscaban huellas en derredor.

—He venido apenas recibí su mensaje telefónico, teniente —resopló Caine—. ¿Algo nuevo?

—La cuarta víctima, Caine. La tercera de la famosa «lista negra», sin duda.

—Cielos, no... ¿Van Dyke otra vez? —cambió una mirada de estupor e inquietud con

Dyan.

—Vengan conmigo. Esta vez, el procedimiento fue más brutal que en los casos anteriores: un disparo de arma de fuego. Ni siquiera usó silenciador, aunque era una «Walther PPK» del calibre 40. Una especie de obús, a corta distancia. Claro que Mookridge tenía cerca de sus manos una «Magnum» pavorosa, que no llegó a utilizar siquiera.

—¿Cómo descubrió este crimen?

—La víctima debió llamar al Departamento. El telefonista recuerda un estruendo, apenas descolgó el teléfono. Y luego, nada. Ni una voz. Por el teléfono desconectado, hemos localizado el lugar, gracias a los técnicos telefónicos.

—Entiendo —caminó junto a Lee, acompañado por Dyan, por un corredor circular de cristales, que conducía al interior del pabellón de caza—. ¿Y la relación con Van Dyke?

—Es obvia. Tenía junto a sí un ejemplar del *Event* con los famosos titulares... Además, hay una escultura en hierro forjado, en medio del pabellón de caza, entre dos trofeos importantes, como son las cabezas de un león y una pantera negra. La escultura está sobre un pedestal de piedra negra y lleva una firma ostensible: Duncan Van Dyke, y fecha de hace dos años.

—Parecen demasiadas coincidencias para ser casual.

—Lo mismo he pensado yo. Ahora, espero que los demás sentenciados respiren y den señales de vida. Es evidente que Mookridge iba a hacerlo, y así debe usted escribirlo en su periódico, Caine. Al descolgar el teléfono, fue atacado y muerto.

—¿Y el arma?

—Reposa sobre el suelo del pabellón, no lejos de la escultura metálica de Van Dyke, casi como un símbolo o un indicio desafiante de ese maníaco.

—¿Huellas?

—Las de Van Dyke —suspiró amargamente el teniente Lee, clavando sus ojos aturridos en Ed Caine, que pegó un respingo—. Están claramente impresas en la culata. El empuñó el arma que mató a Mookridge, el millonario.

—Pero supongo que Van Dyke estará...

—Supone bien, Caine. Está encarcelado. No se ha movido de allí un solo instante, y los hombres que lo vigilan pueden atestiguarlo. Sin embargo, esta misma noche, sobre las nueve y media, estuvo aquí y asesinó a sangre fría a Alvin Mookridge, volándole media cabeza de un balazo, a sólo unos tres o cuatro metros de distancia de él. El teléfono está que da pena. Lleno de sangre, esquirlas de hueso, masa encefálica... Es horrible, amigo mío.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé. Supongo que lo mismo de siempre. Si voy a la prisión y hablo con él, confesará fríamente que lo hizo, y se burlará de mí. Pero si le cuento la historia al fiscal, y testifican los dos agentes que comparten la celda con él, los celadores y el alcaide, me despiden de la policía por chiflado y por imbécil. Así están las cosas, Caine.

—De modo que no se puede hacer nada.

—Nada en absoluto. Sólo podemos investigar la vida de Mookridge. Era un hombre popular, una figura pública. Si encontramos un nexo entre él, Larry Van Dyke y Gary Winters, es posible que salvemos aún a dos condenados, pero eso será todo.

Estaban ya en medio del pabellón. El forense pasó por su lado, refunfuñando malhumorado, sin dignarse siquiera informar al teniente de su impresión profesional previa:

—Pediré aumento de sueldo... ¡o abandonaré el cargo de forense para siempre! Esto no hay quien lo soporte, teniente...

Cerró la puerta vidriera de un portazo. Esta quedó abierta, oscilando movida por el golpe y por un leve soplo de aire del jardín. Los ojos de Caine se dirigieron a la pistola que reposaba sobre la piel de felino, casi al pie de la estatua de hierro forjado, con soporte de piedra negra, y la firma de Van Dyke en blanco. El aire seguía jugueteando con la vidriera. Lee la miró, irritado.

—No cierra bien —gruñó—. Debió serle fácil entrar por ahí... El telefonista de servicio oyó ruido de vidrios vibrando. Algo parecido a eso, sin duda...

—¿No escuchó más? ¿Pisadas, ruidos de cualquier tipo...?

—No, creo que no. De todos modos, las llamadas quedan todas grabadas en cinta magnetofónica. Comprobaremos eso luego. Pero los ruidos que hiciera Van Dyke al moverse por aquí, no creo que nos ayuden en nada. No cometería el error de pronunciar palabra alguna...

—¡Teniente! —exclamó Caine, asombrado—. Creí que había dicho que él estaba en su celda y, por tanto, *no podía* estar aquí al mismo tiempo...

—Caine, no me haga caso —refunfuñó el policía, disgustado—. Creo que empiezo a delirar. Ya soy capaz de creérmelo todo. ¿Usted no?

—Yo sigo pensando que una persona no puede estar al mismo tiempo en *dos* sitios.

—Pero no cree en cómplices.

—No, no creo en cómplices.

—Ni en «dobles».

—Hubo uno. Y está muerto.

—Ya. Entonces, ¿en qué cree? ¿En fantasmas? ¿En ilusionismo?

—No —negó Caine, ceñudo. Cambió una mirada con Dyan, que estudiaba pensativa a su amigo y colaborador—. Creo, realmente, que Van Dyke es el autor de estos crímenes. Nunca he dudado tal cosa, teniente.

—Yo tampoco. Pero él no se mueve de su celda o de los corredores y dependencias de la prisión. Alguien ha de empuñar una pistola, un cuchillo indonesio... o un cable para estrangular. Alguien arroja veneno en el agua de una piscina o un depósito. ¿Quién?

—Duncan Van Dyke, obviamente —dijo Caine con frialdad.

El teniente le miró como si le creyera loco. O como si él mismo empezara a sospechar de su propia razón.

—Pero... ¿cómo, Edmond, maldita sea? —aulló.

—Exacto, teniente. Sólo nos falta eso: *cómo*. Sabemos lo más importante, quién, y por qué. Nos faltan dos factores ridículamente pequeños: quiénes han de morir... y cómo. Y, sin embargo, no llegamos nunca a ello. Últimamente he tenido incluso pesadillas. En ellas veo a dos Van Dyke: uno en su celda, el otro deambulando por ahí... Luego, uno y otro se funden en uno, y ya no hay forma de separarlos.

—Si fuera tan sencillo... —el teniente sacudió la cabeza—. Ese hombre podrá ser muchas cosas, pero nunca un mago o un superhombre. En su historial, encontramos muchas profesiones y *hobbies*: el ajedrez, la literatura, el arte moderno, el estudio de la historia y de las civilizaciones, el teatro, la parapsicología, el golf, la electrónica, la música sinfónica... Pero todo eso no explica que un ser humano se divida en dos y tenga el don de la ubicuidad.

—Conforme, teniente. Usted ha estudiado a fondo la vida de Van Dyke, pero imagino que no halló nada en relación con... con una chica muerta.

—Nada en absoluto —resopló el oficial de Homicidios—. No se le conocieron jamás idilios ni romances amorosos. Más bien se le consideró un misógino desde su juventud. Era serio, taciturno, introvertido y poco amigo de intimar con las mujeres... Hubo un tiempo en que frecuentó reuniones sociales y se rumorearon idilios con bellas damas, pero eso pasó a la historia y la gente, sin duda, se cansó de hablar de ello sin fundamento, terminando por agotarse los comadreos sobre él, en ese sentido.

—Un momento, teniente. ¿Sabe las fechas aproximadas? Quiero decir, ¿sabe cuándo dejaron de comentar en torno a Duncan Van Dyke y sus posibles amoríos?

—Bueno, al menos hará veinticinco años —suspiró el teniente—. Eso no nos dice gran cosa, después de todo...

—Creo que se equivoca, teniente. Hace veinticinco años, es posible que Duncan Van Dyke fuese muy diferente al de ahora. Tiene cuarenta y ocho años. Eso significa que, a los veintitrés, se dejó de hablar quizá de sus idilios y romances. ¿Por qué? ¿Porque eran simples comadreos... o porque dejó de haber auténticos motivos para hablar de ello?

—¿Qué quiere decir? —se intrigó el teniente, enarcando las cejas.

—Quiero decir que, tal vez, ése fue el momento crucial de nuestro hombre. Supongamos por un momento que Van Dyke esperó mucho para su venganza. Que esperó... veinticinco años, por ejemplo.

—¡Veinticinco años! —se escandalizó Lee—. ¡Qué locura! Nadie

haría una cosa así.

—Las cosas que hace Duncan Van Dyke, raramente las hace alguien —le hizo notar irónicamente el joven reportero—. Teniente, imagine... imagine a una muchacha de la que se enamora Van Dyke a los veintitrés años. Y por alguna razón, muere. El supone culpables de esa muerte a cinco personas. En silencio, durante largos años, planea lo que hará, llegado el día. No tiene prisa alguna. Ha decidido dedicar su vida toda a un solo objetivo: matar a los cinco responsables, uno a uno. Incluso le va añadiendo detalles teatrales y efectistas durante esos años. Se le ocurre un plan genial —que, sinceramente, ignoro cuál es—, y lo pone en práctica cuando sus víctimas han de estar forzosamente confiadas, puesto que todas olvidaron el viejo suceso... Eso tiene cierto sentido, ¿no cree?

—Tal vez, pero... ¡veinticinco años!

—Un jugador de ajedrez nunca tiene prisa. Lo que cuenta es el final de su partida, la derrota del adversario, no la rapidez en el movimiento de las figuras. Por otro lado, imagine que él, por alguna razón, se ve *obligado* a esperar esos veinticinco años.

—¿Obligado? ¿Por qué motivo?

—No lo sé. Quizá le faltaba algo, un detalle decisivo. O faltaba uno de los sentenciados. Piense que éstos eran cinco. Y alguno de ellos pudo estar algunos años fuera del país, en un lugar lejano o que él ignoraba... Investigue por ahí. Vea si alguno de los asesinados estuvo ausente de Estados Unidos hasta hace poco tiempo.

—¿Y si el resultado es negativo?

—Entonces, es posible que alguno de los dos que quedan en la lista sea la persona adecuada. —Puso un gesto duro y excitado a la vez—. Tengo una idea, teniente...

—¿Cuál, Caine?

—Voy a jugar un poco a las adivinanzas. Van Dyke jugó fuerte a engañarnos, y le salió bien con el truco de sacarse de la manga al pobre Aaron Jerome, su sosias. Luego le asesinó, no sé aún si porque sabía demasiado... o sólo como un alarde más de audacia y crueldad. Ahora seré yo quien juegue una baza arriesgada. A él le gusta el ajedrez. A mí el póker. Veremos si el «farol» sale bien, y él pide ver mis cartas...

El teniente le miró, asombrado, y meneó la cabeza de un lado a otro.

—No entiendo nada, Edmond —confesó—. ¿Qué se trae entre manos?

—Compre mañana la edición especial del *Event*, dedicada a este nuevo crimen. Luego... esté atento. Es posible que Van Dyke pida hablar conmigo en la prisión... O que «alguien» dé señales de vida, pidiendo confesar algo decisivo sobre el móvil de estos asesinatos... y sobre la identidad de las dos personas que faltan por morir.

—Caine, tenga cuidado. No quisiera que Van Dyke llegara a pensar que usted se convierte en un peligro para él... y resolviera unirle a su larga lista de víctimas...

—No tema, teniente. Van Dyke no me asusta. Pero quizá sea él quien empiece a asustarse un poco, por haber ido demasiado lejos en su siniestro juego...

CAPITULO VII

—**ES** jugar con fuego, Ed. Estoy de acuerdo con Lee en eso.

Edmond sonrió, contemplando la primera plana del *Event*, extendida sobre la mesa de redacción. Dyan Foster, junto a él, estudiaba el periódico, tras haber hecho su comentario.

—No hay otro camino —dijo Edmond—. Estoy seguro de qué Van Dyke va a sentirse incómodo cuando lea eso...

Dyan no dijo nada. Se limitó a mirar las grandes letras de la primera plana:

«Mookridge era el tercero de la lista. ¿A qué esperan ustedes dos para hablar? Es preferible afrontar la responsabilidad de lo ocurrido hace veinticinco años con aquella mujer. Callarse es morir inútilmente. Este periódico defenderá su caso ante la justicia.

«Especialmente uno de ustedes... sabe que es absurdo callar. A su regreso, tras esos años, ¿por qué no elige la vida, amigo?»

—Por el momento, no ha dado resultado alguno —señaló la bella directora del periódico—. ¿Espera realmente que lo dé, Ed?

—No. Pero hay alguna posibilidad, aunque remota. Sobre todo, si el que ha estado fuera del país, es uno de los dos supervivientes.

—Ni siquiera puede estar seguro de que uno de ellos estuviera fuera de los Estados Unidos o del propio Nueva York, Ed —le reprochó ella.

—¿Qué le pasa? —se disgustó Caine—. ¿No le gusta mi idea quizá?

—No sé qué decirle, Ed. Se expone demasiado. Si Van Dyke tiene un cómplice, como es lógico suponer, diga él lo que diga, y contra su propia convicción, amigo mío, puede asustarse y unirle a la larga lista de condenados.

—¿Es eso lo que le preocupa, Dyan?

—Es una de las cosas. No me gustaría quedarme sin Edmond Caine súbitamente.

—Eso resulta enternecedor, Dyan —suspiró Caine, irónico—. Nunca pude pensar que me tuviera tanto afecto.

—No se envanezca ahora —se enfureció Dyan, dando un taconazo con ira—. Sólo trato de salvar a mi periódico de una baja importante.

—Comprendo —rió Edmond Caine sarcástico—. De todos modos, le doy las gracias...

En ese momento golpearon la puerta del despacho. Alguien asomó. Era McDuff, de redacción.

—Caine, alguien quiere verte con urgencia —dijo.

—¿A mí? ¿Quién es? —se sobresaltó Caine, con ojos repentinamente brillantes.

—Una mujer.

—Vaya... —observó Dyan con ironía—. Tal vez sea nuevamente la bonita profesora Blaine...

—No, no es la rubia del otro día —rechazó el muchacho de redacción—. Es una mujer de más edad... pero joven aún. Una dama muy distinguida. Dijo llamarse Nichols. Sheree Nichols... y ser la esposa de un hombre condenado a muerte. ¿Entiendes tú eso, Ed?

—¿Si lo entiendo? —aulló Caine, pegando un respingo—. ¡Cielos, claro que sí!

Y corrió a reunirse con su visitante, seguro de que estaba en el umbral mismo del móvil de una serie de crímenes escalofrantes.

* * *

—¿El móvil? Sí, señor Caine. Van Dyke tuvo razón. Y usted la tiene en su periódico hoy. Ocurrió hace veinticinco años. Yo entonces era una muchachita adolescente, casi una niña. Pero mi esposo era ya todo un hombre. Había cumplido veinte años y pertenecía al grupo de Los Jóvenes Iracundos.

—¿Los... Jóvenes Iracundos? —indagó Caine, pensativo, fija su mirada en la dama de cabellos prematuramente canosos, terso rostro aún joven, ojos negros y cabello también oscuro, en contraste con el pálido suave y rosado de su piel.

Ella fumó su cigarrillo de larga boquilla dorada, asintiendo despacio. Dejó vagar su mirada oscura e inexpresiva por las volutas de humo de su cigarrillo, mientras hablaba:

—Eran tiempos confusos, de posguerra y todo eso... Muchos jóvenes se sentían defraudados por muchas cosas, decepcionados por el egoísmo y materialismo de una época, por todo lo malo que el mundo había hecho en esos años... Así se reunieron ellos siete.

—¿Siete?

—Sí. Gary Winters, Larry Van Dyke, Alvin Mookridge, Duncan Van Dyke... Bugsy Valentine, mi esposo Woody y... ella.

—Ella... —suspiró Edmond Caine, profundamente interesado,

centelleantes sus ojos, que no se desviaban de la dama elegante e impasible a quien recibía en el gabinete de visitas de la Redacción—. ¿Quién, señora Nichols?

—Una chica... a quien yo conocí muy poco. Ella era mayor que yo. Ya tenía diecinueve años, y yo solamente quince recién cumplidos... Ella era miembro del grupo. Yo... solamente la encargada de limpiar y asear el local adquirido por ellos como club.

—Comprendo. Usted... usted no era de Los Jóvenes Iracundos.

—¡Cielos, no! —rió ella suavemente, como si la escandalizara un poco la idea—. La verdad es que ellos seis y la chica sí formaban la sociedad. Suponían que habría muchos más socios. Estaban en su principio. Querían cambiar el mundo, hacerlo mejor, más digno y menos egoísta, aunque ello tuviera que ser férreamente, con implacable energía. Todos parecían de acuerdo. Los seis hombres... y la chica.

—Aún no me ha dicho su nombre, señora Nichols.

—Cierto. Se llamaba... Rachel. Rachel Carrados. Una hermosa muchacha rubia, de ojos azules, atractiva e inteligente. Muy culta, además... Duncan Van Dyke se enamoró de ella perdidamente.

—Comprendo.

—No, no puede comprenderlo. El amor entre dos miembros de diferente sexo, en aquel club, estaba totalmente prohibido por su reglamento interno. El que cometía una falta era sometido al comité disciplinario, compuesto por un número de sus miembros. El castigo era siempre ineludible. Pero todo ello, en realidad, no parecía sino un simple juego sin mayor trascendencia. Hasta que...

Se detuvo. Su mano tembló ligeramente al mover el cigarrillo. Su oscura mirada se perdió en el vacío. Edmond Caine se inclinó hacia ella.

—Hasta que... ¿qué, señora Nichols? —quiso saber.

—Verá, señor Caine... —eligió ella cuidadosamente sus palabras—. Ya le digo que yo era diferente a todos ellos. A veces, sin querer, escuchaba palabras suyas. Todos eran inteligentes, con estudios... También estaban en buena posición. No todos en la misma, pero sí vivían desahogadamente. Cada uno contribuía a un fondo común, destinado a obras futuras para mejorar el mundo según su filosofía, con el dinero que era capaz de aportar. Mookridge, que era millonario; Larry, que poseía una saneada fortuna, o Gary Winters, que ganaba dinero en abundancia, contribuían con fuertes sumas. Un día, oí decir que, al menos, tenían un fondo colectivo de casi trescientos mil dólares, que cualquier miembro del grupo podía manejar, siempre que fuese para una obra acorde con su doctrina común. Entonces, trescientos mil dólares eran mucho dinero. Y sobre todo para mí que jamás había visto juntos doscientos dólares. Pero no me ocurría a mí sola. Averigüé que la muchacha, Rachel Carrados..., tampoco era demasiado rica ni de

posición desahogada. El dinero cegó sin duda sus demás sentimientos, y la codicia se apoderó de ella.

—¿Supo eso Van Dyke?

—¿Duncan? No, no lo supo hasta que no fue ya demasiado tarde. Le dejó una misiva a él, disculpándose, por lo que hacía. Ese fue su error. Otro miembro del grupo la interceptó a tiempo. En la carta, Rachel decía a Duncan que la perdonase, pero que se iba al extranjero con la totalidad de los fondos, para iniciar una nueva vida. Rápidamente, fueron avisados los demás... con una sola excepción: Duncan Van Dyke. Lograron capturar a la muchacha, con su maletín lleno de billetes de mil dólares, en un doble fondo. No la entregaron a la policía. En vez de ello, conforme a sus reglamentos, enfurecidos por la traición de un miembro, que así destruía la obra por sus propios cimientos, y derribaba sus convicciones más íntimas y queridas, le hicieron un proceso rápido, estrictamente secreto. Se votó sobre cuál debía ser la decisión de Los Jóvenes Iracundos... Dios mío, resulta horrible hablar de todo eso, aunque yo no lo viví, y sólo he llegado a saberlo por mi esposo, Woody, que me refirió los hechos minuciosamente, tiempo más tarde...

—¿Y por qué no ha venido él a referírmelos, en vez de hacerlo usted, señora?

—Porque Woody tiene miedo. Y vergüenza. No se atreve... Duncan Van Dyke sabía lo que hacía al sentenciarles a todos. Por remordimiento, por asco de sí mismos, por vergüenza y por miedo de su locura de entonces, acaso producto de la misma crueldad que heredaron todos de la guerra recién terminada, acaso porque eran demasiado jóvenes y demasiado rígidos en sus convicciones... lo cierto es que sentenciaron a muerte a la muchacha.

—Cielos... —se estremeció Caine—. ¿Y... cumplieron esa atroz sentencia?

—Sí. La cumplieron. Eso es lo terrible. Se decidió que uno de los miembros del tribunal, por sorteo riguroso, fuese elegido para ejecutar a la muchacha. Creo que Rachel jamás pensó en que llevasen la horrible farsa a tales extremos. Sin embargo, se roció la edificación con gasolina. Era un viejo almacén, sin viviendas, y ardió como la yesca, con Rachel Carrados dentro... Como purificación total, la maleta con el dinero debía arder a sus pies, junto con ella. El grupo de Los Jóvenes Iracundos quedaba disuelto allí mismo, sin remedio.

—¿Murió la chica en el incendio?

—Sí. Rachel fue hallada sin vida entre los escombros, convertida en un cuerpo carbonizado y horrible... Se dijo que fue un accidente, un fuego casual... Duncan Van Dyke fue informado en ese sentido, pero él jamás lo creyó. Imagino que su instinto le dijo la verdad. Luego... pasaron los años. Woody y yo nos encontramos de nuevo en la vida, nos casamos... Él me ha relatado la terrible historia. Si todos tienen miedo,

él es quien más horror siente... y también más vergüenza, señor Caine.

—¿Por qué él, precisamente?

La esposa de Woody Nichols le miró fijamente y declaró, muy despacio:

—Porque en aquel sorteo terrible... fue precisamente Woody quien resultó designado para ejecutar la sentencia sobre la infortunada muchacha. Y así lo hizo. ¿Comprende ahora, señor Caine?

El joven reportero inclinó la cabeza, ensombrecido.

—Sí —sonó ronca su voz—. Comprendo, señora. Comprendo muy bien... Pero ahora, aun con todo el asco y el horror que pueda producimos aquel hecho incalificable, cruel y cobarde, tenemos que salvar a ese hombre, Bugsy Valentine..., y también a su esposo.

—Sí, tenemos que hacerlo, pero... ¿cómo? Woody está seguro de que Duncan terminará también con él muy pronto... aunque quizá lo haga en último lugar, para hacerle sufrir más con la espera, ya que él fue el ejecutor de la bárbara sentencia...

—Señora, es importante que responda a lo que voy a preguntarle: ¿usted... ha perdonado ya a su esposo lo que hizo entonces?

—Sí —musitó ella—. La prueba es que nos casamos hace tiempo, en un breve viaje que él hizo a este país, antes de regresar de nuevo al extranjero, donde siempre hemos vivido hasta regresar este mismo año a Nueva York. No sé si lo merece, pero... le perdoné hace tiempo.

—Gracias, señora —suspiró Caine—. Es todo. Intentaré salvar la vida de su esposo. Pero sólo existe un medio para ello.

—¿Cuál?

—Descubrir el gran secreto de Duncan Van Dyke: cómo puede cometer sus crímenes a distancia, sin salir de la prisión. Y en eso... creo que usted, su esposo y Bugsy Valentine son los únicos que pueden ayudarme.

—Desgraciadamente, señor Caine, nada sabemos tampoco al respecto. No podemos entenderlo, la verdad.

—No le importe. No les pediré que me digan su opinión sobre estos crímenes, sino algo que han de conocer mucho mejor.

—¿Y es...?

—La personalidad real de Duncan Van Dyke, detalle por detalle...

En ese momento, se abrió la puerta del gabinete discretamente. Dyan Foster asomó, cambiando una mirada muy femenina con la señora Nichols, antes de hablar a Caine:

—Ed, le llama al teléfono el teniente Lee —dijo—. Es urgente. Parece ser que Van Dyke quiere verle lo antes posible en la prisión...

—Vaya —suspiró Caine, con un destello de agudeza en sus ojos..., Parece que las cosas van saliendo ya como yo esperaba...

CAPITULO VIII

—DE modo que lo hizo... Descubrió usted la verdad... cuando aún no he terminado, Caine.

—Sí, Duncan —afirmó fríamente el reportero—. Descubrí la verdad. Rachel Carrados, Los Jóvenes Iracundos... y todo lo demás. ¿Defraudado?

—No —suspiró Van Dyke, sombrío, inclinando la cabeza—. Debí imaginarlo. Usted no es ningún tonto. Le di demasiados datos, a fin de cuentas... Imagino que ya sabe los nombres de mis últimas víctimas...

—Sí, ya los sé... Bugsy Valentine y Woody Nichols. ¿Me equivoco?

—Claro que no. Supongo que van a protegerles cuidadosamente a ambos, para evitar que mi brazo justiciero llegue hasta ellos...

—No lo dude, Van Dyke —Caine le miró fijamente—. Pero usted está seguro de que, aun así, no va a fracasar, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe? —una media sonrisa asomó a los labios del preso.

—No puede engañarme, Van Dyke. Quiere el «más difícil todavía». Es todo un histrión colosal, y sigue su juego implacable. Estaba seguro de que llegaría a la solución antes de que usted terminara su obra. Ahora espera burlarse de todos, demostrando que eso no cambia en absoluto las cosas.

—Le felicito, amigo mío —había auténtica admiración en el gesto y el tono del asesino—. Usted ha llegado a descubrir siempre mi jugada antes de que la efectúe.

—No del todo, Van Dyke, no del todo —resopló Caine, poniéndose en pie bruscamente—. Pero voy a intentar mover mis peones para proteger al rey y la reina, a los que amenaza con su jaque mate.

—¿Espera realmente evitarlo... y darme mate a mí? —sonrió glacial el preso.

—Si no lo esperase, no jugaría mi propia partida. Y tiraría mi rey, rindiéndome.

—Es lo mejor que podría hacer —los ojos del singular personaje brillaron extrañamente—. ¿No ha pensado que mi brazo podría llegar hasta usted, si amenazara mi victoria final?

—Sí —apretó Caine los labios, duramente—. Lo he pensado. Y estoy en guardia, no lo dude.

—No lo dudo. Sólo que... tal vez se equivoque —rió burlonamente

Van Dyke—. No siempre se ataca de la forma en que uno imagina, Caine... Recuerde que mis piezas dan muchas sorpresas.

—No lo he olvidado. Nos veremos, Van Dyke.

—Posiblemente. ¿Vendrá a felicitarme por mi triunfo, Caine?

—No. Vendré a decirle que va a ser realmente ejecutado... por asesino.

Y abandonó el locutorio, mientras la sonrisa enigmática y altiva de Van Dyke se helaba ligeramente en sus labios. Un velo de preocupación ensombreció en parte su faz angulosa y astuta...

* * *

Los dos hombres cambiaron una mirada entre sí. Luego, dirigieron sus ojos pensativos hacia Edmond Caine. El periodista mantenía su gesto inescrutable, los labios apretados y firmes.

—Creo que le hemos explicado todo cuanto sabemos acerca de Duncan Van Dyke — fue Nichols, el esposo de la dama que visitara a Caine en el *Event*, quien habló ahora, con tono preocupado, tenso—. Y no creo que por ello pueda encontrarse más cerca de resolver nada...

—En Van Dyke mismo está la respuesta a todo: él ha manejado hasta ahora los hilos de la trama, y ha descubierto de sí todo aquello que le convenía, ocultando el resto, y deslumbrándonos con el artificio de su ingenio, quizá para que los árboles nos impidieran ver el bosque. Hace poco se me ocurrió una idea, solamente una, y sorprendido descubrí que eso podía explicarlo todo, absolutamente todo. Lo malo es que se requería una serie de condiciones especiales en Duncan Van Dyke. Condiciones a las que era preciso llegar por algún camino, por oculto y completo que éste fuese.

—Temo no entenderle —confesó el otro hombre, Bugsy Valentine—. Hace muchos años que dejé de ver y tratar a Van Dyke, para que pueda serle de alguna ayuda mi impresión personal sobre él...

—Por el contrario, Valentine. Es entonces cuando ustedes conocieron al *verdadero* Duncan Van Dyke. No al falseado y artificioso de ahora. Recuerde que un hombre capaz de planear una venganza con tantos años de anterioridad a su ejecución, un hombre tan frío y mecánico, tan cerebral y metódico como para dedicar toda una vida a la realización minuciosa de un plan maestro, es capaz también de engañar a todo el mundo, apareciendo como una persona muy distinta a como realmente es él. Entonces era diferente. No tenía que engañar a nadie, y un hombre, por mucho que cambie durante su vida, se mantiene sin embargo fiel a sí mismo en muchos conceptos. Especialmente, un hombre como Van Dyke, que hace de su vida un puro método, un camino, con un objetivo definido y terrible: matar a cinco hombres a

quienes ha sentenciado ya tácitamente.

—¿Cree que alimentó esa idea durante todos estos años, en vez de ocurrírsele ahora, por un simple desequilibrio mental? —dudó Woody Nichols.

—El desequilibrio se ha ido produciendo lenta y paulatinamente en él, a causa de su propia obsesión, fría y metódica, durante todos estos años —sonrió glacialmente Edmond—. No es una cosa espontánea ni improvisada, créanme. Se dedicó a estudiar toda su vida a las víctimas elegidas. Intencionadamente, como bien supuso su esposa, señor Nichols, es usted *la última* víctima, precisamente por ser la primera. Usted, como ejecutor de aquella sentencia incomprensible, debe ser el último en caer, debe sufrir más que los demás, viendo cómo se aproxima a usted el final inexorable. No hay dudas, Nichols. Recuerde quién es, en realidad, Duncan Van Dyke: un miembro de Los Jóvenes Iracundos. El sigue siendo aquel joven lleno de ira que cree justa e inexorable, contra todo lo indigno de este mundo. ¿Puede haber algo más indigno que la muerte de Rachel Carrados, su mujer amada, a manos de los demás miembros del club juvenil que crearan entonces?

—Hubiera sido mejor reunir pruebas, entregamos a la ley... —argumentó Valentine.

—No, no. Para él, no. Recordaba bien que todos eran entonces menores de edad, conforme a la ley. Todos con menos de veintiún años... Se consideraría un delito juvenil, perdería su trascendencia con el tiempo... Y eso no era lo que él quería, ni mucho menos. Hizo de su vida un medio, un vehículo para la venganza. Eso animó su existencia durante años y años. Hasta que un factor determinante disparó la espoleta retardada de su ambicioso plan, puso en funcionamiento el reloj inapelable de su proyecto genial... y comenzó la serie de asesinatos. Ese factor, ese hecho..., fue el regreso de los Nichols a Estados Unidos.

—Mientras él se encerraba voluntariamente en una celda —señaló Nichols, sombrío.

—Exacto. Eso formaba parte de la sucesión de jugadas maestras que su mente imaginó para el brillante jaque mate final. Y nunca ha sido un «mate» con más propiedad. La muerte era su objetivo decisivo. La muerte de cada uno de los hombres que causaron la muerte de Rachel, veinticinco años atrás. Un juego mortífero, sobre el tablero del mundo, con piezas de carne y hueso a su merced. Como en el ajedrez, cada jugada tenía que estar prevista, medida en sus más mínimos detalles, dejando el porcentaje mínimo al azar. Pero todo jugador, por cerebral que sea, debe admitir el riesgo de la fortuna, y eso es lo que hizo Van Dyke en su propia gran partida con el ajedrez humano.

—Todo eso suena muy bien. Pero no explica nada, Caine. Insisto en que ningún hombre puede matar desde la celda de una prisión —objetó

fríamente Nichols—. Tuvo que haber un cómplice.

—Es curioso —suspiró Caine—. Todo el mundo obsesionado por la existencia del cómplice inevitable... En asesinatos como el de Winters, Jerome o cualquier otro, parecía imposible matar sin la existencia de mi ejecutor material.

—Y así es, ¿no es cierto? —jadeó Valentine, perplejo.

—Todo cuanto ustedes me han referido sobre ese hombre, tiene su valor para determinar la forma en que se planearon los crímenes. Me han hablado de un hombre teatral, efectista, frío y cerebral, sin prisas ni precipitaciones, metódico y riguroso, con mucha suerte habitualmente, una amplia cultura, aficiones diversas, como la electrónica, la química, la parapsicología, el teatro, el arte moderno y un sinnúmero de cosas más. Yo conocía ya algo de eso, pero no lo suficiente. Ignoraba, por ejemplo, hasta dónde podía llegar en su minuciosidad, y usted, Valentine, me dijo hoy que era cosa habitual en él tratar de hacer posible lo imposible, y que amistades suyas del circo y del teatro —como el caso conocidísimo de su víctima, Aaron Jerome—, recurrían a él para que les preparase evasiones a lo Houdini, números trucados y efectos diversos, para sorprender al público.

—De eso hace ya muchos años —suspiró Nichols—. Últimamente, la vida de Van Dyke ha discurrido totalmente entre museos, arte moderno con escultura sobre hierro y metales, partidas de ajedrez y todo eso...

—Exacto. Pero recuerden que el —más reciente Duncan Van Dyke era sólo una ficción más, un personaje modelado a su gusto, para que la gente le viera de un modo y olvidase su lado teatral, su facilidad para *fingir* trucos escénicos, evasiones, engaños y jugarretas ingeniosas. A fin de cuentas, también *la sugestión* forma parte de toda función teatral que se precie de ello. Los ilusionistas juegan, en especial, con la magia de hacer ver a los espectadores lo que no es. De la sugestión colectiva a la hipnosis, hay un solo paso.

—¿Hipnosis?

—Exacto. Y Van Dyke es aficionado, *muy* aficionado a la parapsicología, que estudia los fenómenos de la mente humana... el hipnotismo entre ellos.

—No estoy tan convencido de que el hipnotismo sea fundamental en el juego criminal de Van Dyke —rechazó Nichols, escéptico—. La hipnosis no sirve para disparar una «Walther» calibre 40, o para estrangular a un hombre en el camerino de un teatro, Caine.

—Exacto. La hipnosis sólo podía servir en *un* crimen... y sólo parcialmente intervenir en otro. Y tendríamos que la química actuaba en otro, la electrónica en otro... y así sucesivamente. ¿Entienden adónde voy a parar?

—La verdad: no —confesó Bugsy Valentine, escéptico.

—Verán, les he citado hoy aquí para que me hablasen de Van Dyke, pero mientras tanto, yo procedía a realizar dos grandes investigaciones sobre él y ustedes.

—¿Dos? —pestañeó Valentine.

—Sí. La primera consistía en una visita rápida a Battery Park, al teatro de variedades de Brooklyn, a la piscina privada de la terraza encristalada de Larry Van Dyke, al pabellón de caza de Alvin Mookridge, al médico forense de la policía, a los laboratorios de ésta, y finalmente a un representante teatral y circense de cierto prestigio en Nueva York. ¿Lo han entendido, amigos míos?

—Ni lo más mínimo —suspiró Valentine, encogiéndose de hombros.

—Por otro lado, debo precipitar el plan de Van Dyke para que pierda él la serenidad y caiga en sus propios errores fatalmente. Una vez hecho todo eso, me limité a enviar una nota a mi nombre, a ese supercriminal astuto e ingenioso como pocos, con muy breves palabras en un orden determinado, a la penitenciaría donde está ahora cumpliendo su condena. Apenas la haya recibido, sabrá que todo terminó para él, y que su juego ha sido roto por su adversario más directo: yo, en este caso. Quiso desafiarme, y perdió la partida.

—¿Qué mensaje es ése, Caine? —se interesó vivamente Woody Nichols, clavando en él sus ojos calculadores.

—Uno muy simple —sonrió Edmond, rebuscando en sus bolsillos. Tendió a Nichols una nota mecanografía— da—. Esta es sólo la copia. Véala, y dígame si eso le aclara algo.

Nichols desdobló el papel. Las líneas mecanografiadas eran breves y escuetas:

«1.º Hipnosis. Chanclos y guantes.

»2.º Diosa hindú. Silbido. Evasión.

»3.º Depósito. Gelatina. Disolvente.

»4.º Teléfono. Número. Escultura. Electrónica.»

—No entiendo nada —confesó Nichols.

—Tampoco yo —gruñó Valentine, inclinándose sobre el hombro de su amigo y antiguo camarada del tristemente célebre grupo de Los Jóvenes Iracundos—. ¿Es una charada, Caine?

—Sí. La charada que descubre el plan secreto y minucioso de un asesino que nunca necesitó salir de una celda, de los muros de una prisión, para matar a todos los que condenó previamente a morir...

En ese momento sonó el teléfono de la estancia. Nichols lo descolgó, tendiéndolo luego pensativo, hacia Caine.

—Es para usted —dijo el dueño de la casa, sombríamente—. Urgente,

de parte del teniente Damon Lee, de Homicidios.

—Gracias —suspiró Edmond, tomando el teléfono—. Le dije que estaría aquí...

Tomó el teléfono. La voz de Lee sonó en la distancia: —Edmond, acabo de recibir una llamada telefónica de su jefe y compañera, Dyan Foster. Me comunicó que Van Dyke había recibido su mensaje. Y había resuelto confesar, dándose por vencido definitivamente. De paso transmitía su felicitación a Edmond Caine, su vencedor en este duelo.

—¿Cómo sabe eso Dyan? —frunció el ceño Caine, intrigado.

—Parece ser que Van Dyke la llamó a la prisión para comunicárselo. También le dijo que tenía todas las pruebas de su culpabilidad en un determinado lugar, y en premio al triunfo logrado por usted, Caine, ella debía recoger personalmente esas pruebas.

—Cielos, no... ¡No! —Caine se puso repentinamente lívido. Se estremeció—. ¡Teniente! ¿Sabe *dónde* están esas pretendidas pruebas que Dyan debe recoger?

—La... la señorita Foster me dijo que estaba ya en camino para tomarlas consigo, como pidiera especialmente Van Dyke, en prueba de rendición incondicional. Están en... casa del propio Van Dyke, y...

—¡Teniente, pronto! —aulló Edmond, descompuesto—. ¡Corra hacia allá con un coche patrulla! ¡Trate de evitar *como sea* que Dyan tome esas pruebas! ¡Yo salgo inmediatamente para allá! ¡Y no utilice el teléfono de Van Dyke en absoluto! ¡No haga llamada alguna a su casa, para avisar a Dyan Foster de nada! ¡Puede ser justamente lo que desea Van Dyke en estos momentos!

Colgó, sin añadir más, y se precipitó furiosamente hacia la salida, avisando a Valentine y Nichols, con voz ronca, justo cuando la señora Nichols entraba, sorprendida, en el gabinete:

—¡Síganme todos ustedes, se lo ruego! ¡Y que ninguno de ustedes realice, *desde ahora*, acción alguna que le sea habitual o acostumbrada! ¡Le va la vida en ello!

Atónitos, con la expresión de quien cree loca a una persona, ambos hombres siguieron a Caine al exterior, mirándose entre sí, desconfiados y escépticos.

—Señor Caine, ¿a qué viene esto? —indagó serenamente Sheree Nichols—. Todo parece absurdo...

—¡Señora Nichols, estoy tratando de salvar a una nueva víctima de Van Dyke! ¡Esta vez, mi amiga y compañera Dyan Foster, a quien él pretende asesinar, en venganza por haberme permitido la audacia de ganarle la más terrible partida de ajedrez de su vida!

CAPITULO IX

EDMOND Caine entró con fría expresión en el locutorio de la prisión del Estado de Nueva York. Ambos hombres se miraron largamente, en silencio. Una tensa hostilidad se materializó entre ambos, súbitamente, como un muro de hielo insalvable. Ambos estaban pálidos. Sus ojos brillaban como brasas.

—Lo siento, Caine —dijo glacialmente el recluso—. Tenía que hacerlo. Se lo avisé.

—¿Por qué lo hizo, Van Dyke? —silabeó el periodista secamente—. No era necesario.

Ni tan siquiera era justo.

—Era el modo de apuntarme una victoria, aunque fuese incompleta. Ahora sé que he perdido la partida. Pero no todo lo habré perdido.

—Usted entendió mi mensaje, Van Dyke.

—Estaba muy claro. ¿Cómo llegó a saberlo? ¿Encontró los objetos?

—Sí. Antes de que usted fuese puesto en libertad, tenía que hallarlos en alguna parte. Eran la evidencia de que acertaba. Lo que le enviará a la silla eléctrica, Duncan.

—Claro —suspiró el preso—. Eso ya no importa. No le valoré justamente. Lo confieso, Caine. Lo creí listo, y jugué esa baza. Pero lo fue demasiado. Ahora, ya sabe cómo maté a Winters.

—Y a los demás. Los chanclos de goma estaban allí ocultos: en aquella alcantarilla de Battery Park. Los guantes siempre estuvieron en manos de Winters, borrando toda posible huella. Así, el pobre diablo cumplió la misión propuesta. En el momento señalado, bajo los efectos de la hipnosis a que fuera sometida su débil voluntad —la más débil del grupo—, *se mató* a sí mismo con la daga indonesia, tras marcar en torno las huellas con los chanclos puestos y guardar éstos en la alcantarilla. Todo tal como Duncan Van Dyke ordenó a fecha y hora fijas, en una de sus sesiones hipnóticas sobre Winters... Al herirse de muerte soltó el arma, cayó de bruces... ¿Quién iba a imaginar *un suicidio por sugestión hipnótica*?

—Nadie... excepto usted.

—Su afición a la hipnosis, a la parapsicología, me llevó hasta eso. Y posteriormente hasta Rahika, la «diosa hindú» de los teatrillos baratos. Un agente artístico me habló de ella. También los empleados del Old

Music de Brooklyn. De modo que ella hacía su número con la pequeña víbora amaestrada... Un animal peculiar, fácil de hipnotizar también, en la forma adecuada... Un ser pequeño, delgado y fuerte como un cable de acero... que enroscándose al cuello de alguien *mata por estrangulación* cuando se lo ordenan. Y huye, silbando de un modo especial, como yo oí silbar aquella noche tras la puerta... La «diosa hindú» era conocida suya. También la víbora. Y ella había terminado la noche antes allí. Pero el reptil volvió, dócil a su orden. Y acudió a determinado olor de cosmético que usted le había enseñado a reconocer, sobre la piel de Jerome, matándole por asfixia.

—No era fácil adivinarlo, ¿verdad?

—No, no lo era. Además, la grasa del cosmético disimulaba en el examen médico el olor de un reptil... Usted no me mintió entonces. Me dijo que no había *un solo ser humano* que le ayudase fuera de la cárcel. Y era cierto. Pero sí había *un reptil* amaestrado y dócil...

—Lo de mi primo Larry fue más difícil todavía —sonrió fríamente el preso.

—Claro: la gelatina que se disuelve químicamente en agua con determinado desinfectante. Su afición por la química me dio la clave. Luego, el veneno epidérmico, que brota al deshacerse la última capa de gelatina plástica en el agua, desparramándose en el líquido elemento cuando éste pasa del depósito a la piscina, para luego diluirse, tras matar a la víctima. Simple y eficaz. Menos complicado, por ejemplo, que la muerte en el pabellón de caza...

—Me resultó complejo disponer el sistema, en ausencia de Mookridge. ¿Cómo lo sospechó?

—Porque tenía que haber un medio. Una bala mataba, disparando a la altura del teléfono, y justo cuando el teléfono funcionaba. Pero entonces pudo ocurrir en cualquier otro momento. Reflexioné. ¿Y si sólo actuaba por impulsos electrónicos al marcar *determinado* número? Busqué el circuito electrónico y el soporte deslizante, en el único lugar idóneo para ocultar un arma asestada hacia el teléfono, con resorte capaz de hacerla caer luego, recogiendo el sistema dentro de la escultura de hierro forjado. Comprendí que, en sus planes minuciosos, usted había previsto el terror en Mookridge, su segura llamada a la policía... número que activaría el circuito electrónico que disparaba la «Walther». Luego, ésta, con las huellas suyas, Van Dyke, impresas *previamente* por usted, completarían el juego. La electrónica, a la que usted también fue siempre aficionado, actuaba así en otro crimen. Y sucesivamente, hallaríamos nuevos sistemas, era obvio. Todos *preparados de antemano*, dispuestos para actuar cuando usted estuviera aquí dentro, con una sólida coartada. Al salir, recogería chanclos, mecanismo electrónico y todo eso, y desaparecería toda huella de su ingenioso plan. Unos asesinatos sin asesino, pasarían a un dossier de casos sin resolver. Era su

idea...

—Usted la destruyó. Por eso tuve que devolverle el golpe. Dyan Foster era la persona adecuada. Es su compañera, y sé que la aprecia mucho, quizá más allá de lo profesional...

—Usted la llamó, la hizo ir a su casa, a recoger un envoltorio que, al simple contacto, apenas abierto, introduciría un veneno mortal en la piel de ella, a través de sus dedos...

—Lo siento, ya se lo dije. No tengo nada personal contra la señorita Foster. De ese modo, usted apartaría a Valentine y a Nichols de sus tareas habituales, temiendo que algún resorte criminal actuase sobre ellos, dispuesto de antemano.

—Y así era. El dardo a distancia, disparado sobre Nichols desde la azotea opuesta, cuando él hacía ejercicios en determinado lugar, activando una célula fotoeléctrica allí instalada, no actuó para matar al hombre que ejecutó a Rachel Carrados hace veinticinco años.

—Pero puso en acción el segundo plan: la máquina sensible al perfume de la colonia y masaje que utiliza habitualmente Nichols..., situada en mi propia vivienda.

—Si él iba con usted caería inexorablemente, herido de muerte por el dardo allí dispuesto, atraído por ese perfume, que actuaría sobre la célula sensible del disparador emplazado...

—Sí. De ese modo, cuando menos, el principal culpable, el más odiado, hallaría la muerte en el último acto del drama, junto con Dyan Foster, como venganza personal contra mí.

—Ya le dije que lo sentía, Caine. No era nada personal, en el fondo.

—Yo también lo siento, Van Dyke —replicó fríamente Edmond—. Su plan falló.

—¿Qué? —se estremeció el preso, abriendo mucho los ojos.

—Falló en parte, cuando menos. Dyan es muy inteligente, y *no tocó* el envoltorio. Tampoco movimos el teléfono, para evitar que funcionase una de sus diabólicas máquinas de matar... Y en cambio, no supimos intuir lo del perfume de Nichols. Era demasiado sutil... pero tampoco se nos ocurrió que ella, la señora Nichols, utilizara un perfume *idéntico*, aunque para señora, y por ello más fuerte y sensible al mecanismo que se reactivaba por determinado aroma.

—Cielos, no... —palideció Van Dyke.

—No pudimos impedir que ella..., la señora Sheree Nichols, muriese, víctima de su mecanismo, Van Dyke. Y ésa es, quizá, la más fantástica ironía de todo este caso... ¿Sabe, Van Dyke, que usted que quiso vengar a Rachel Carrados, que vivió sólo con esa idea fija en su mente..., *usted, precisamente, ha matado a Rachel Carrados hace sólo unas horas?*

—¿Qué... qué tontería es ésa? ¿Qué está diciendo...? —jadeó Van Dyke, estupefacto.

—Es la última y atroz pirueta de ese sangriento drama que usted desencadenó. Rachel *nunca* murió en el Club de los Jóvenes Iracundos. Fue sentenciada, sí. Y Nichols, Woody Nichols, hizo trampa en el sorteo y salió elegido para ejecutarla. Lo que hizo fue, unido a Rachel como amante y cómplice suyo que era en el juego, incendiar el almacén *con Sheree Lamont*, la muchacha de los servicios domésticos *dentro* del recinto, con un maletín y unos pocos billetes. El resto, los llevó consigo Nichols... y Rachel, convertida en señora Nichols, sometida a cirugía plástica que cambiaba su físico, a lentillas y tintes que alteraban su belleza rubia... y con el nombre de Sheree en vez del suyo propio.

—Eso no puede ser cierto... —jadeó, lívido, convulso, Van Dyke.

—Lo es, amigo mío. Era Rachel la que volvía, años más tarde, con Woody Nichols, a los Estados Unidos. Ricos, basados en la fortuna que robaron entonces, de mutuo acuerdo ambos... Y sin que nadie, ni usted siquiera, el genio minucioso, cruel y cerebral, sospechara de su falsa identidad... Por eso hoy, al actuar ese mecanismo... usted mató a la mujer cuya muerte quiso vengar, dedicando toda una vida a ello... Lamentable, ¿verdad? Creo que eso le acompañará a la silla eléctrica aliviando muy poco su sufrimiento final...

Se retiró en silencio Caine. Y en silencio se quedó allí, tras él, un jugador de ajedrez vencido, un artista del crimen y de la escena derrotado y roto por la terrible verdad final.

Duncan van Dyke sufriría mucho hasta el día de su ejecución. Quizá en ese sufrimiento, pensó Caine, reuniéndose afuera con una Dyan Foster mucho menos profesional, distante y fría que antes, estuviera su peor castigo.

El coche que alejó a Edmond y a su jefe, colaboradora y amiga Dyan, pronto dejó atrás la sombra gris de la prisión de donde ya Van Dyke sólo saldría para la cámara de la muerte.

Caine había dado al fin su propio jaque mate al asesino invisible.

Ahora, Dyan y él iban a almorzar juntos. Era una forma de romper el hielo profesional entre ambos e iniciar, quizá, una amistad distinta, nacida de un momento de angustia, en que un hombre luchó desesperadamente por la vida en peligro de una mujer...

F I N



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE**

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



NOTAS

- 1 Vicky: diminutivo cariñoso de Victoria, en inglés.